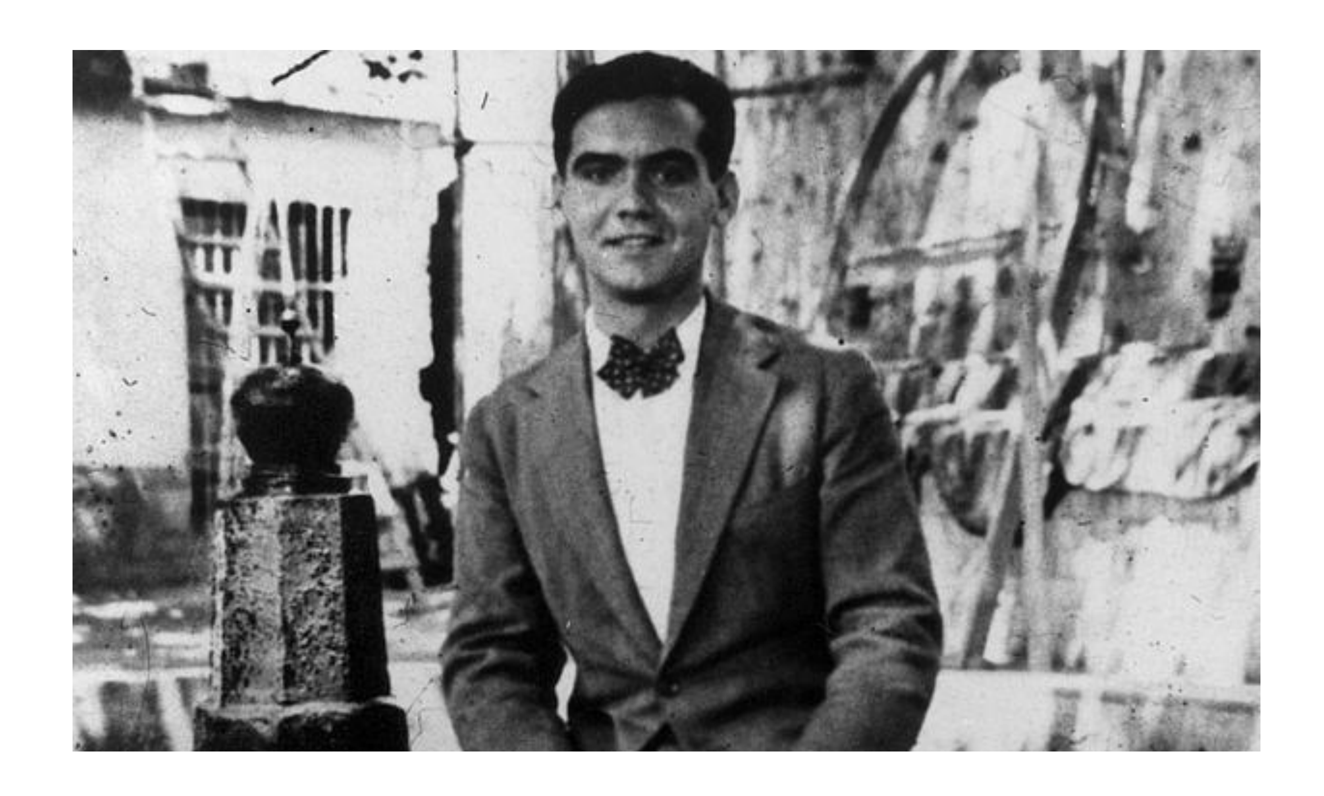
Federico

(Muerto de amor)



Carla Martínez Nyman

"Amor, amor
que está herido.
Herido de amor huido;
herido,
muerto de amor.
Decid a todos que ha sido
el ruiseñor.
Bisturí de cuatro filos,
garganta rota y olvido.
Cógeme la mano, amor,
que vengo muy mal herido,
herido de amor huido,
¡herido!,
¡muerto de amor!"

(F.G.L)

PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

Amanecer. Todavía oscuro. 1923. FEDERICO reposa tumbado y dormido en el asfalto frente a la Residencia de Estudiantes de Madrid. Todo su atuendo - americana, zapatos, pantalones - es color blanco, excepto su pajarita, que es negra.

CORO:

El caballo relincha sobre el monte,

las naranjas ahora son luciérnagas

y los abetos, sombras opacas

que acechan con sorna al poeta.

La sangre ya retoña

de las crines del caballo.

¡Ay cómo mancha toda

la hierba y el meandro!

El caudal viste de rojo,

las hojas son pecado,

y el caballo desbocado

muere a manos del hinojo.

Ahí viene el caballo muerto

huele a sombra y a pena.

Ahí viene su sangre yerta

entre el arroyo y el heno.

(El CORO se marcha y FEDERICO se desvela a causa de la melodía)

VICENTE: ¿Otra vez recostado sobre el lodo?

FEDERICO: (Parpadea ligeramente. Aún tumbado) ¿Qué hora es? ¡No! No quiero saberlo... Serán las cinco en todos los relojes, y nada más. (Se vuelve y cierra los ojos)

VICENTE: Federico, por favor, levanta.

FEDERICO: (Se tumba de cara al cielo)

¿Qué hora es?

Las cuatro de la tarde y nada más.

¡Nos arrancan la piel a trozos!

¡El corazón desnudo muere

bajo la daga y el pozo!

¿Qué hora es?

Las cinco de la tarde y más.

¡El cuerpo desmembrado cae sobre la hiedra!

¿Dónde está el corazón?

¡Mirad, no hay órgano, tan solo una vil piedra!

¿Qué hora es?

Las seis de la tarde y… nada.

Oscuro.

Blanco.

Ruido.

Silencio…

Nada.

(La escena se ilumina poco a poco. FEDERICO mira abstraído el cielo. EMILIO intenta hablarle y compadecerle pero de pronto comienzan a asomar de los balcones de la Residencia los rostros de DÁMASO, VICENTE, JORGE, GERARDO, GUILLERMO y MANUEL, y bajo las plantas del edificio, en el jardín, sentados en una mesa ciertamente elegante, charlan con gracia LUIS C. y RAFAEL. MIGUEL está sentado a un lado escribiendo, solitario)

MANUEL: ¡Emilio! ¡Federico! ¡Escuchad! ¡Guillermo ha creado un nuevo calambur!

FEDERICO (Animado): ¡¿Un calambur?! ¡Oh, los adoro! Deléitanos, pues, Guillermo.

GUILLERMO: ¡Un momento, que bajo! (Sale)

FEDERICO: ¡Calambur! ¡Qué lucidez del lenguaje castellano!

LUIS C.: Te agradará, Federico.

RAFAEL: Tiene un toque vanguardista.

(Ríen)

FEDERICO: ¡Ah! ¿Es ultraísta?

GUILLERMO: (Ríe. Ya abajo) ¡En cierto modo, Federico!

FEDERICO: ¡Guillermo! (Le abraza) ¡Adelante, pues! ¡Sorpréndenos!

GUILLERMO: Ahí va: (Expectante) "Entre un aletear de hélices y una rosa roja, su majestad es/coja"

(Todos echan a reír)

FEDERICO: ¡Guillermo de Torre, qué sutilidad más original! ¡Ni el gran Quevedo pergeñaría cosa igual! ¡Pero ojo, no se enoje la reina Isabel de Borbón! (Ríe complacido)

JORGE: ¡Ahora tú, Federico!

FEDERICO: ¿Yo? Oh, no, no. He amanecido algo espeso hoy…

LUIS C.: ¡Vamos, Federico! ¡Que se note ese ingenio y duende que sólo tú tienes!

VICENTE: ¡Sí, Federico! ¡Adelante!

FEDERICO: Está bien. Veamos qué inmigra a mi mente… (Se pone en pie y camina

pensativo. Ahora repara en el piano que yace en la entrada a la Residencia. Se acomoda en el sillón, estira con elegancia sus brazos para arremangar la americana, y se dispone a tocar el instrumento) Una fuente… (Observa y señala la que está en el jardín. De ella no emana apenas agua) ¡La fuente! La fuente… es/casa de agua. (Desde el balcón todos aplauden y sonríen complacidos) Y… (Pensativo tuerce el rostro y observa la sierra que yace a lo lejos. Siempre tocando el piano con esmero) Empapar con esfuerzo el monte: es/calar la montaña. (Ahora ríen y aplauden embelesados)

GERARDO: ¡Bravo, Federico, bravo!

JORGE: ¡Otro más, otro!

LUIS C.: ¡Sí, sí, Federico!

(Le claman)

FEDERICO: Está bien, está bien. A vuestra disposición y para vuestro agrado. Ahí va: (Con gracia. La melodía del piano se torna mucho más alegre y divertida) “A este Lopico lo pico” y “Con dados gano condados”

(Ríen. FEDERICO se pone en pie)

GUILLERMO: ¡Muy gongorino esta vez, Federico!

FEDERICO: ¡No tan quevediano como tu calambur, Guillermo!

MANUEL: ¡Federico, el de la fuente ha sido muy ingenioso!

VICENTE: ¡Y el de la montaña! ¡Realmente lúcido!

FEDERICO: Yo lo calificaría más bien como algo chorpatélico.

JORGE y GERARDO: ¿Chorpatélico?

MANUEL: ¿Qué es eso, Federico?

LUIS C.: ¿Qué significa chorpatélico?

FEDERICO: Eso mismo me preguntó Pablo.

TODOS: ¿Neruda?

FEDERICO: El mismo.

JORGE: Y, ¿qué le contestaste?

RAFAEL: Sí, eso, ¿qué le dijiste?

FEDERICO: Le respondí: “Yo tampoco lo sé, pero hay que darse cuenta de lo que es o

no chorpatélico. De otra manera uno está perdido. Mira ese perro, ¡qué chorpatélico es!"

(De pronto suena el motor de un coche. Todos los presentes giran el rostro hacia el lugar de donde surge el sonido. Ahora, entra en escena un joven vestido con un atuendo algo histriónico, SALVADOR. Los poetas comienzan a mofarse en silencio. Incrementa el murmullo. SALVADOR entra en el edificio de la Residencia)

(Entran LUIS y PEPÍN)

LUIS: ¡¿Lo habéis visto?! ¡Ya ha vuelto! ¡Qué pintas, cielo santo, qué pintas!

PEPÍN: ¡Qué greñas! Un cabello por aquí, otro por allá…

VICENTE: ¡Y qué chalina!

JORGE: ¡Y la chaqueta! ¿Habéis reparado en ella?

(Los poetas del balcón ríen)

FEDERICO: (Asombrado, entusiasmado. A LUIS) ¿Quién es?

LUIS: Un pintor catalán, de Figueras. Salvador Dalí. Llegó en otoño. Dice ser un genio en potencia.

FEDERICO: Qué ser más pintoresco… Me fascina… ¿Y dices que pinta?

PEPÍN: Pinta y mucho. Hace unos días, aprovechando su ausencia, entré en su alcoba… Y, ¡bendita ausencia! Una maravilla. ¡No! ¡Un prodigio! Geometría excelsa, formas y líneas vanguardistas que mejoran, que superan el concepto de surrealismo que André acuñó. ¡Cubista, cubista!

LUIS: Pero eso no quita que sea tan raro como él solo. No se junta con nadie. Le da pánico entablar conversación con alguno de nosotros. "Parece que vaya a desmayarse".

PEPÍN: Rehúye, siempre rehúye.

LUÍS: A sus ojos somos meros seres putrefactos, unos dandis envenenados por la elegancia ornamental. (Ríen)

FEDERICO: (Siempre abstraído, fascinado) Putrefactos… Me encanta…

RAFAEL: ¡Oye, Federico! ¿Hoy no ibas a representar uno de tus teatros de guiñol?

FEDERICO: Sí, cierto. ¡El Retablillo de don Cristóbal!

LUIS: ¡Buah…! ¡Qué cosa tan superflua y poco moderna!

FEDERICO: Luis, si al fin y al cabo, siempre, y en todas las actuaciones, terminas aplaudiendo y elogiando a las marionetas. ¡Si te encandilan! (Ríe)

PEPÍN: No lo negarás, Luis. (Ríe)

LUIS: Prefiero una buena copa de champagne o un sobresaliente escrito dirigido a la Torre Eiffel. (Ríen. Pausa) Y a ver si al fin extraes el meollo a tus versos y dejas a un lado esas lunas y hormigas que tanto detesto.

FEDERICO: Detestas mi poesía.

LUIS: Detesto tu temática. Demasiado arcaica. El lenguaje es excelente.

PEPÍN: Hablando de temática arcaica, ¿adivinad quién ha venido a visitar la Residencia?

(Los poetas del balcón se abalanzan a la barandilla con la oreja puesta en la conversación)

VICENTE: ¿Quién?

MANUEL: ¿Quién ha venido?

GERARDO: ¿Machado?

GUILLERMO: ¿O quizá Gómez de la Serna?

EMILIO: ¡Ortega y Gasset!

JORGE: No, no. Si ellos son lo menos arcaico que nos ha dado nuestra amada España. (Piensa) ¡Ya sé! ¡Juan Ramón Jiménez!

LUIS: ¡Buah! ¡Qué repugnancia de poesía pura!

RAFAEL: ¡Ya está! ¡Manuel de Falla!

FEDERICO: ¡Oh, mi querido Manuel! Cómo añoro aquellas tardes al piano, con buena melodía y tu siempre eterna elegancia…

PEPÍN: No, no, no, no y no.

LUIS C.: ¿Entonces quién, animalillo?

PEPÍN: El inmoble, la encina perenne, la eternidad perpetua y la intrahistoria.

FEDERICO: (Con gracia) ¡Don Miguel de Unamuno!

(Ríen)

JORGE: ¿Y a qué se debe dicho honor?

MANUEL: ¿Tiene pensado entablar una tertulia literaria aquí?

GERARDO: Si es así, yo acudo. Vicente, ¿me acompañas?

VICENTE: Por supuesto.

PEPÍN: Lo ignoro. Le he visto hablando con Alberto Fraud en el jardín esta mañana temprano.

EMILIO: Seguramente se trate de una charla.

LUIS: (Con sorna) Sobre encinas inmobles y patrias perpetuas. (Ríen)

GERARDO: Bueno, nosotros vamos a ese coloquio. ¿Los demás os apuntáis?

MANUEL: ¡Claro!

JORGE: ¡Sí, vamos!

(Los poetas comienzan a entrar en la Residencia)

LUIS: En fin, Pepín y yo vamos a tomar algo al café Pombo. Creo que hoy celebran una tertulia ultraísta dirigida por Ramón. ¿Vienes con nosotros?

FEDERICO: No, no. Partid sin mí.

LUIS: ¿No irás a la charla esa, verdad?

FEDERICO: (Ríe) Me encantaría, pero quiero escribir un rato. Hoy el ambiente es idóneo para esbozar un romance. (Sonríe)

LUIS: Está bien. A tu salud, pues. (Sale)

PEPÍN: Adiós, Fede. (Sale)

FEDERICO: Adiós.

(Camina sosegado)

FEDERICO: Salvador Dalí… (Sonríe. Camina hacia el piano. Se sienta y comienza a tocar. Melancólico) Quiero y no quiero amor, porque es dolor y sangre al tiempo, porque es caricia y muerte al son. ¡Ya tañe la campana de la locura! Quiero y no quiero amor, porque es amargura eterna, porque es un beso caliente, porque es amor.

(FEDERICO se endereza y vira la mirada hacia arriba. En la terraza de la Residencia reposa SALVADOR con los brazos reclinados sobre la barandilla, ha estado durante este último episodio escuchando. Cuando SALVADOR observa que FEDERICO se ha percatado de su presencia, entra rápidamente en la Residencia. FEDERICO sonríe)

FEDERICO: (En un susurro) Salvador… (Sale)

TELÓN RÁPIDO

ACTO 1

CUADRO PRIMERO

Tarde de 1925. Las afueras de la ciudad de Madrid. El sol está a punto de esconderse bajo los montes que saludan a lo lejos, y el color naranja del cielo y el silencio del ocaso bañan las calles. Los faroles se van encendiendo proclamando la venidera noche, los cantos de los jilgueros enmudecen y los aullidos de los perros comienzan a retumbar.

(Entra GERARDO seguido de JORGE. Ambos, con aspecto de dandis, corren alarmados. Este último va algo rezagado)

GERARDO: ¡Vamos, Jorge! ¡Vamos! No sé si esta vez va en serio.

JORGE: Gerardo, conoces a Federico de sobra... (Se detiene un momento para coger aire) Dejémoslo en su altar dramático, y vayamos a tomar un té.

GERARDO: Pero, ¿cómo piensas así?, Jorge. ¡Por las greguerías de Serna!, ¿no ves que quizá necesite nuestra ayuda?

JORGE: Sí, como la semana pasada en la Cervecería de Correos mientras recitaba ese soneto... (Pensativo) ¿Cómo...?, ¿cómo se llamaba?

GERARDO: ¡Jorge! (Le agarra del hombro) Vamos, hombre, vamos. Que luego no quiero disgustos.

JORGE: Pero, ¿qué disgustos, Gerardo? Si lo peor que puede pasar es que se empache entre versos y dramas (se ríe). Bueno, bueno, por no darte la contraria, te sigo. (Se irgue) Pero, yo ya advierto, un té siempre hubiese estado mejor.

GERARDO: ¡Anda, vamos!

(Ambos salen)

CUADRO SEGUNDO

Misma calle. Crepúsculo. Entra FEDERICO, dolido. Con paso sosegado se va colocando en el centro del escenario.

FEDERICO: ¡Ay, de mis amapolas ignotas, que fuera lucen cual rosas para los ojos necios, y dentro mueren sin ser regadas! (Cae rendido de rodillas) Ya viene la noche, ya. Se lleva la luz consigo y deja un vestigio en el cielo. ¡Oh, hermosa luna! Allí arriba me clamas, pues ambos vestidos de blanco debemos danzar el vals de la muerte. (Danza un Valls imaginario) Un, dos, tres, un, dos, tres... (Se detiene a escuchar) Pero ya arriban, ya. Y yo agonizo, y yo muero... Así, así... (Se va acostando)

(Entran GERARDO y JORGE corriendo)

GERARDO: ¡Ves! ¡Ves qué te decía, Jorge! Esta vez es cierto. Míralo cómo agoniza, y míralo cómo nos clama. (Corre a su lado)

JORGE: (Aparte) Yo sigo en mis trece. Pero, venga, sigámosle la corriente. (También se aproxima)

FEDERICO: Me muero, me muero... Esta noche será la última; ya me engulle, ya...

GERARDO: (De cuclillas) ¡Federico! ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes hablarme?

FEDERICO: ¡Oh! Mi amigo Gerardo, por supuesto que puedo hablar. Si careciera de esa facultad, no sabría vivir, y mucho menos... (Con el rabillo del ojo y con cierta picardía) morir...

JORGE: (De un brinco) ¡Ves! ¿Qué te decía?

GERARDO: ¡Por el amor de Dios, Jorge! ¿Aún así? Haz el favor.

JORGE: Pero...

(GERARDO le hace un gesto para enmudecerle. JORGE suspira)

JORGE: (Aparte) Está bien... Ahora verá...

GERARDO: Oh, Federico...

JORGE: (Interrumpiendo. Muy expresivo. Moviendo los brazos con efusividad) ¡Oh, Federico! Qué lamento, qué pesar, qué agonía, qué disgusto, qué...

GERARDO: (Interrumpiendo) ¿Qué haces? (Solo ellos dos) Jorge, como no adoptes una compostura más seria, comenzaré a creer que te has tomado demasiado a pecho la vanguardia hispanoamericana...

FEDERICO: Ay, de mis huesos y de estos muslos ya flácidos que comienzan a corromperse... Ya llega el ataúd, ya. ¿Lo oís? (Recrea lo que describe, tumbado) Me introducen en él y la oscuridad me invade... Ahora los gusanos se beben mi piel sorbo a sorbo, ahora ellos son mi piel, yo dejo de ser yo, y ahora no soy más que un lánguido y viscoso gusano, un gusano putrefacto... Y me comienzo a descomponer, todo mi cuerpo se descompone... Y allí resoplo mi último hálito de vida... (Finalmente cierra los ojos y queda inmóvil)

(GERARDO y JORGE quedan anonadados. Piensan que ha muerto. JORGE acerca su mano y coge uno de los dedos de FEDERICO, lo levanta y lo deja caer. Ambos se miran asustados)

FEDERICO: (Irguiéndose de un salto) ¡Aaah! (Rompe a reír a carcajadas)

GERARDO: ¡Dios santo, Federico! ¡Qué susto!

JORGE: ¿Qué te dije, eh? ¿Qué te dije?

FEDERICO: Amigos míos, no os amedrantéis, no. Esto es teatro, y el teatro es pasión. (Vuelve a reír) Tendrías que ver vuestras caras. Ni que hubierais presenciado una muerte real.

JORGE: Pues casi, casi...

FEDERICO: ¿De verdad? ¿Tan real os ha resultado? Decidme, decidme, ¿qué os ha causado más temor? ¿El ataúd? ¿O quizá la descomposición? (Sonríe, y extrae un cuadernito y una estilográfica que tenía guardados en el bolsillo. Ahora escribe)

GERARDO: Ay, Federico. ¡Qué personaje estás hecho!

FEDERICO: Pero, decidme, amigos míos. Si me lo describís con esmero, os invito a un... (Mira a JORGE) ¡... A un té! (Ríen los tres)

VOZ DE SALVADOR: ¡Federico, Federico!

FEDERICO: ¿Quién vive?

VOZ DE SALVADOR: ¡Federico!

FEDERICO: Oh, mi querido Salvador, de voz aceitunada. (A sus compañeros) Si me lo permitís, voy a retroceder a mi lecho de muerte. (Se tumba y pone las manos sobre su pecho)

GERARDO: Federico...

FEDERICO: Shhh...

(GERARDO mira a JORGE, inquieto)

JORGE: Federico, pero, ¿nosotros qué hacemos?

FEDERICO: (Entreabre los ojos) Interpretad. Recordad, esto es teatro. (Sonríe y cierra los ojos)

(Entra SALVADOR)

SALVADOR: ¡Fede...! (Se detiene) Pero, ¿qué ha sucedido?

JORGE: (Improvisa de pronto) ¡Oh, Federico! Qué lamento, qué pesar, qué agonía, qué disgusto, qué... (Ahora tuerce la mirada a GERARDO indicándole que prosiga)

GERARDO: Sí, ¡qué... amargura! ¡Pobre de él! Parece mentira que hace unos momentos estuviera tan jubiloso como siempre.

SALVADOR: Esperad un instante. No os mováis. (Sale)

JORGE: (Petrificado en el suelo. Tan solo mueve la comisura de los labios y los ojos) ¿Y ahora éste a dónde va?

GERARDO: (Ídem) Ni idea. Puede que nuestras interpretaciones no le hayan convencido mucho.

(Entra SALVADOR con un cuaderno de folios y un lápiz)

SALVADOR: (Se sienta junto a FEDERICO) Federico, ni se te ocurra moverte. (Comienza a retratarlo)

(GERARDO y JORGE se miran estupefactos. Ahora tuercen la mirada hacia SALVADOR, que está pintando)

JORGE: ¿Y bien?

SALVADOR: (Siempre pintando) Bien.

(GERARDO y JORGE cruzan miradas de incertidumbre)

SALVADOR: (Mientras dibuja) No os asustéis. Lo suele hacer a menudo. Sobre todo en la "Resi". Le dan estos prontos, y uno no sabe si es inspiración o mera chifladura. De todos modos, merece la pena, hasta que rompe a reír como un enajenado.

JORGE: Como un enajenado, sí.

(SALVADOR continúa dibujando)

SALVADOR: (A JORGE) ¿Tiene hora, usted?

JORGE: (Con apenas movilidad, a causa de la pose, intenta mirar su reloj) Sí, señor.

SALVADOR: (Continúa dibujando, siempre ensimismado) Excelente. Adoro los relojes.

(JORGE, confuso, vuelve a tapar, casi inmoble, el reloj con la manga de su camisa)

SALVADOR: ¿No captáis en ellos la esencia del tiempo? Son fríos como una rosa sin perfume, pero concisos como la geometría más pura. (Esto último pronunciado con acento daliniano) A Federico también le agradan. De hecho, siempre coloca las manecillas de todos los relojes a su gusto.

FEDERICO: (Continúa tumbado y con los ojos cerrados) Dong, dong, dong... Dos minutos más y cantarán las siete...

SALVADOR: Federico, no te muevas...

FEDERICO: Dong, dong, dong... Ya se acerca el réquiem nocturno...

SALVADOR: Así no puedo dibujarte.

FEDERICO: Dong, dong, dong... Nos devora el silencio de la soledad y el azabache...

SALVADOR: Federico...

FEDERICO: Dong, dong, dong... Dad la bienvenida a la muerte... (Se inclina de un salto) ¡Aaaaah! (Ríe a carcajadas)

(SALVADOR se enrabia ligeramente y lanza el cuaderno y los lápices hacia FEDERICO)

FEDERICO: (Ríe, guarda el cuaderno y los lápices, y se pone en pie, dicharachero) Oh, mi querido Salvador, no te enojes. (Le posa el brazo alrededor de la nuca. JORGE y GERARDO continúan petrificados sin saber qué hacer. En el techo del teatro se proyectará un cielo estrellado. Dos de los luceros relucirán intensamente) Fíjate en esos dos astros que brillan sobre la noche, ¿los ves? Bailotean surcando las nubes buscándose el uno al otro, pero no se hallan, no, porque los demás astros, los fijos, aquellos que no muestran su luz, impiden que estos dos acerquen sus ramas para entrelazarse y emprender el vals de la vida. Por ello, ahora todo el firmamento se reduce a un simple vals frío, insulso y disfrazado, al vals de la muerte. (Vira la mirada repentinamente hacia una zona determinada del “cielo”. En el techo se proyectará ahora la imagen de la luna llena) ¡Oh! Y allí posa la luna. Mírala con qué elegancia pasea sus faldones blancos. Ella, ella es la confidente de los dos astros. (Cambia de actitud) En fin, Salvador, tengo un encargo para... (Repara en JORGE y GERARDO) ¿Aún aquí? ¿Y con esas poses tan estrafalarias? ¡No, por Dios! Relajad, relajad vuestros torsos. No querréis que os confundan con esculturas vanguardistas. (Ríe y de pronto cambia a una actitud pensativa) Aunque..., tampoco estaría de más... (Introduce la mano en un bolsillo y extrae unas monedillas. Las lanza a los talones de JORGE y GERARDO. Siempre sonriente) Lo prometido es deuda. Para el té. Pero recordad, quiero una descripción detallada de mi interpretación.

GERARDO: (Cesando de posar) Por supuesto, Federico. Y gracias.

JORGE: (Ídem) Gracias.

(Salen ambos)

<u>CUADRO TERCERO</u>

SALVADOR: Y bien, ¿decías?

FEDERICO: Ah, sí. Verás, Salvador, tengo en manos una nueva obra.

SALVADOR: Excelente. ¿Quieres que me encargue del decorado?

FEDERICO: Por supuesto, Salvador, como siempre. Sabes que es un honor contar con tu arte. Pero no es eso lo que quería pedirte.

SALVADOR: ¿Entonces?

FEDERICO: Quiero que escuches mi propuesta, mi nuevo drama. Pero solo el final.

SALVADOR: ¿Por qué?

FEDERICO: Porque el final es el principio de la tragedia, y es la esencia de toda obra.

SALVADOR: Adelante. Te escucho.

FEDERICO: (Extrae un manojo de folios de su bolsillo. Lee) *Noche. Sentado en un pedrusco, FELIPE escurre sus lágrimas con la hierba que crece en el suelo. UTÓPICO descansa de rodillas, sus manos temblorosas sujetan una daga. FELIPE: ¡Mátame, aprisa! Ya oigo los latidos inútiles. ¡Mátame! Ahora solo quiero dormir, caer en un silencio abisal, y apagar este latido. ¡Mátame, he dicho, mátame! UTÓPICO: (Sollozando) No puedo... FELIPE: ¡Empuña la daga e incrústala aquí (señalando el pecho), donde duele! ¡Aprisa! ¡Vamos! (UTÓPICO, siempre titubeante, con un arrebato repentino, clava la daga en el pecho de FELIPE) FELIPE: (Dolido) ¡Así! (Agonizando) Ahora..., ahora acerca tus labios y besa esta sangre que ayer fue tuya, y hoy derramada no es más que pasado. (UTÓPICO besa el pecho de FELIPE) Y ahora yo estoy vacío de dolor, pero dolido de muerte. UTÓPICO: Pero yo te la devuelvo. (Acongojado, con los labios embadurnados de sangre besa a FELIPE en la boca) FELIPE: ¡Ay, de mí! Y morir muero si es muerte el beso que ha matado a la muerte que dio muerte a este pobre muerto de amor. (Muere) TELÓN LENTO.*

SALVADOR: Federico, no puedes escribir esto. Rómpelo ahora mismo.

FEDERIOCO: ¿Romperlo? No... ¿Por qué, Salvador? Es que, ¿acaso no te gusta?

SALVADOR: Federico, esto no se puede publicar, ¿me entiendes?

FEDERICO: ¿Quién ha dicho publicar? Yo quiero representar.

SALVADOR: No digas bobadas.

FEDERICO: Pero, Salvador...

SALVADOR: Es demasiado... atrevido… Se mofarían...

FEDERICO: ¿Mofarse? Qué extraño que ese pensamiento surja de tus labios… Al revolucionario se le agotaron las revoluciones. (Pausa corta) Aun así, ¿acaso crees que me importa?

SALVADOR: Federico, insisto. Es ridículo. Cualquiera representa esto conociendo el panorama que nos envuelve...

FEDERICO: Con más razón, Salvador, con más razón. Hay que luchar por la libertad y el derecho ahora más que nunca.

SALVADOR: Mariana Pineda ya tuvo su crítica. Y ahora la gente comenta tu supuesta simpatía con el bando republicano.

FEDERICO: Sabes que mi corazón siempre ha pertenecido antes al pueblo que a la autoridad.

SALVADOR: No insistas. Tú eres la persona más apolítica que he conocido, Federico.

FEDERICO: Sí.... Sí, es cierto. Pero eso no significa que no entienda de odios, desprecios y desdenes. Yo canto a la justicia, a la libertad y al amor. (Pausa. SALVADOR se reprime. FEDERICO nota preocupación en la mirada de su amigo. Suspira) Salvador, no me gusta nada tu reciente antítesis. ¿Qué sucede? (Pausa breve. Se aproxima a SALVADOR) Tienes miedo… (Le contempla compasivo)

SALVADOR: Ahora no, Federico.

FEDERICO: Relátame. Yo te escucharé con el corazón desabrigado.

(SALVADOR enmudece. Se vuelve de espaldas a FEDERICO. Pensativo. Suspira)

SALVADOR: Me marcho a París, con Luis.

FEDERICO: ¿Perdón?

SALVADOR: (Se gira con afán de convencer a FEDERICO) Allí podremos explotar nuestras ansias de libertad y expresión. Quizá filmemos una película. El surrealismo asomará con furia para mostrar la emancipación y liberación más propias del ser humano. (Pausa) Miró le ha hablado de mí a Picasso, tiene ganas de conocerme. El mundo entero tendrá el honor de descubrir al gran genio del arte: ¡Salvador Dalí! (Ahora vira la mirada hacia FEDERICO) No te alegras.

FEDERICO: Sí... (Pensativo) Sí, mucho...

SALVADOR: (Se aproxima a FEDERICO. Ambos se sientan en el bordillo de la acera) ¿Por

qué no vienes con nosotros? ¡A París! Allí podrás estrenar cuantos dramas quieras. La libertad, la justicia y el amor podrán ser la temática principal de tus obras, y no tendrás que contar con la presión de la censura o del prejuicio. Esa pugna contra la incomprensión de la que hablas, ya está ganada allí.

FEDERICO: No puedo desvincularme de España, la amo demasiado. Son mis tierras, mis pastos y mis olivos. Ella me vio nacer, ella me dio la vida y los versos más preciados que un poeta puede saborear para luego esculpir sobre el papel. No puedo irme, Salvador. No puedo. (Cabizbajo)

SALVADOR: (Le endereza la cabeza con suavidad asiéndole de la barbilla. Casi susurrando) Entonces quiero que me escribas, cada día. O cada dos días. Quiero ver escritos tus nuevos versos, tus preocupaciones, anhelos y alegrías. Quiero hablar contigo como ahora, Federico, pero desde la distancia.

(FEDERICO mira los labios de SALVADOR, y éste imita su gesto. Ambos quedan así, en silencio, durante unos segundos)

VOZ DE LUIS: ¡Salvador!

(FEDERICO y SALVADOR separan sus rostros y alarmados se ponen en pie)

LUIS: ¡Salvador! (Entra) Ah, aquí estás. (Mira a FEDERICO. La actitud de su semblante cambia ligeramente) Federico, tú también… ¿Qué tal?

FEDERICO: Bien.

LUIS: Me he topado con Jorge y Gerardo en la entrada a la tetería. Ya me han contado que has vuelto a hacer de las tuyas... (Mira a ambos) Y bien, ¿qué tenéis entre manos? ¿Qué hacíais? Tanto silencio no puede ser bueno...

(SALVADOR Y FEDERICO se miran fugazmente)

FEDERICO: Estábamos...

SALVADOR: Le estaba informando a Federico acerca de nuestro venidero viaje a París. (Ambos se vuelve a mirar)

LUIS: ¡Ah, París! (A SALVADOR) A decir verdad, te hará bien un cambio de aires, Salvador. ¿No crees, Fede?

FEDERICO: En realidad...

SALVADOR: Le he propuesto acompañarnos.

LUIS: ¿Cómo?

SALVADOR: Pero prefiere quedarse. Ya le conoces, ama demasiado a su patria.

FEDERICO: Realmente, me considero ciudadano del mundo, pero siento un afecto especial por mi cuna.

LUIS: Bueno, es tu decisión, Federico. Ya triunfaremos nosotros por ti. Yo con mi cine y Salvador con sus pinturas. (Ríe ligeramente)

SALVADOR: (A FEDERICO) ¿De verdad que no deseas acompañarnos? ¿Estás seguro?

FEDERICO: Tanto como un candado sin llave. (Sonríe fingidamente)

LUIS: Déjalo, Salvador. Así lo ha decidido y así será.

(FEDERICO lanza una mirada delicada a SALVADOR)

LUIS: (Interrumpiendo) Y…, ahora, ¿estás escribiendo algo?

(FEDERICO pretende afirmar)

SALVADOR: (Interrumpiendo) No. Quiero decir..., tan solo esbozos, nada especial. Algún que otro poema. Sin ir más lejos, hace un momento me ha recitado uno.

LUIS: (A FEDERICO) ¿No tratará, de nuevo, temas relacionados con mariposas, olivos, lunas y gitanos, verdad?

FEDERICO: Oh, luna lunera…

LUIS: "Odio, odio eterno a la luna"

SALVADOR: No, no, éste es mucho más elocuente, créeme.

LUIS: (A FEDERICO) No quiero decir que tu poesía sea mala, es excelente. Pero tiene el riesgo de convertirse en lírica burguesa. Deberías escribir sobre...

FEDERICO: (Interrumpiendo)... asuntos modernos.

LUIS: ¡Exacto! Una oda al automóvil, un poema sobre política, deporte... ¡Moderno, más moderno!

(SALVADOR y FEDERICO cruzan miradas durante unos instantes)

LUIS: (Resuelto) En… En fin, Salvador, venía a decirte que esta tarde he recibido una carta de Pablo.

SALVADOR: (Entusiasmado) ¿De Pablo?

LUIS: Sí. Sabía que te emocionaría. La tengo en la Residencia, ¿vamos?

SALVADOR: (Mira a FEDERICO rápidamente) Sí..., sí. Termino de contarle una cosa a Federico y enseguida voy. Adelántate tú, ahora te alcanzo.

LUIS: De acuerdo. (Mira de refilón a FEDERICO. A SALVADOR) Pero no te demores, que ya va siendo tarde. (A FEDERICO) Adiós, Fede.

FEDERICO: Adiós.

(Sale LUIS)

FEDERICO: ¿Por qué no me has dejado leerle mi nueva obra?

SALVADOR: Sabes que Luis detesta a los...

FEDERICO: ¿A los...?

SALVADOR: A los maricones.

(FEDERICO, dolido, tuerce el rostro hacia un lado)

FEDERICO: (Mira a SALVADOR) ¿Y tú crees que no soy más que eso, más que un repugnante maricón?

SALVADOR: Sabes que no.

FEDERICO: ¿Entonces?

SALVADOR: (Casi con un susurro) Trato de protegerte. Hay gente mala, putrefacta (con entonación muy daliniana. Ambos sonríen ligeramente), que no comprende…

FEDERICO: No, Salvador, la gente comprende el amor, el tradicional, pero no entiende que dos amantes no dejan de ser amor aunque uno iguale al otro en apariencia, porque es el alma la que ama y no la carne, que es tan solo un puente que une a ambas almas.

(Ambos se miran detenidamente en silencio, y en un arrebato de pasión, unen sus rostros lateralmente y sellan el gesto con un abrazo delicado y sensual)

VOZ DE LUIS: ¡Salvador!

(Ambos separan sus cuerpos sutilmente y quedan uno frente al otro, con la mirada incrustada en las pupilas del de enfrente. FEDERICO aproxima su rostro con delicadeza, pero se detiene. La lágrima que posaba sobre su tez, acaba de caer. Separándose, exhala un suspiro profundo)

FEDERICO: Adiós, Salvador. Por si no nos vemos más, escríbeme.

SALVADOR: Nos veremos, Federico.

(FEDERICO le lanza una última mirada a SALVADOR y sale. Entra LUIS)

LUIS: ¡Salvador!

SALVADOR: ¡Ya voy, Luis!

(LUIS mira hacia los lados como buscando algo)

SALVADOR: ¿Has perdido algo? (Comienza a buscar también)

LUIS: (Aparte) Quiero perderlo.

SALVADOR: ¿Decías?

LUIS: Nada. (Pausa) ¿Federico ya se ha marchado?

SALVADOR: Sí, hace un tiempo. ¿Le querías?

LUIS: (Aparte) Fuera.

SALVADOR: ¿Decías?

LUIS: Nada. ¿Nos vamos?

SALVADOR: Sí, sí. Es que no logro encontrar mi libreta…

LUIS: Ya te compraré otra. ¡Vamos!

SALVADOR: Voy, voy. (Barre con la mirada la escena por última vez en busca de la libreta extraviada y se acerca a LUIS) No sé qué te pasa últimamente que estás muy insistente. Y con Federico, ¡qué actitud más fría e insulsa! ¿Qué te pasa con él? Ni que te hubiera hecho algo malo.

LUIS: A mí no, pero a ti sí.

SALVADOR: ¿Qué quieres decir?

LUIS: Te hace mal, muy mal.

SALVADOR: Pero, ¿qué oigo?

LUIS: "Te crees un genio imbuido por Federico" Él te esclaviza, te tiene sujeto y amarrado como a un perro dócil y obediente. Te tiene hipnotizado. Tienes que marchar conmigo a París de inmediato y despojarte de toda esa hechicería que el García ha derramado sobre tu sesera. (Pausa) Hace unos días hablé con Pepín, opina lo mismo, "te estás quedando atrás; Federico tiene la culpa"

SALVADOR: No tienes ni idea de lo que estás vomitando con esas palabras deformes. Federico es mi amigo, tu amigo, nuestro amigo. Y solo me transmite esa pasión que corre por su sangre andaluza. Nada más. Asimismo, su obra es una cosa magnífica, ¡él es magnífico! "¡Supera a Jean Cocteau tan solo conversando!"

LUIS: "Te estás convirtiendo en un asqueroso, y con Federico, otro asqueroso. Él por

venir del pueblo de Asquerosa, y tú…, tú por ser un asqueroso” Sois unos maricones… ¿Crees que no lo sé? El otro día se me acercó un chaval vasco y me lo contó todo. Estupefacto, no tardé en citarme con Federico a solas y preguntárselo. “¿Es verdad que eres maricón?” Se enojó. Se puso en pie indignado y me dijo: “Tú y yo hemos acabado” Después se marchó. (Pausa) Naturalmente nos reconciliamos inmediatamente. Ya lo has visto, me dirige la palabra como siempre. Pero yo ya no le miro con los mismos ojos, Salvador. Para mí ahora no es más que un vulgar maricón, y tú…, tú estás a esto de transformarte en lo mismo si no espabilas.

(SALVADOR queda absorto durante un tiempo, pensativo)

LUIS: Tú sabrás. París es un buen fármaco anti-desvaríos. (Pausa) Te veo en la “Resi”. Hasta ahora. (Sale. SALVADOR queda pensativo)

VOZ DE FEDERICO: ¡Salvador! ¡Salvador!

(SALVADOR se detiene en seco, piensa, pero finalmente, como si hubiese tomado una decisión precipitada, sale. Entra FEDERICO con la libreta y los lápices del principio)

FEDERICO: ¡Salva…! (Mira a los lados) Vaya por Dios… Se ha marchado…, (desvía la mirada hacia sus manos) y sin su libreta y sus lápices. (Mira el retrato. Ahora camina melancólico. Se detiene) Oh, muerte que no se apiada, muerte sola, de penetrante lanza. Oh, muerte que mata a solas, sin testigos, ni almohada. (Cae en el suelo, y se recuesta sobre la acera)

TELÓN RÁPIDO

ACTO 2

CUADRO SEGUNDO

1927. Amanecer. Calle. Café del hotel Palace. FEDERICO yace tumbado sobre el asfalto contemplando las últimas estrellas que posan en el firmamento. Acaba de rememorar lo anteriormente descrito.

FEDERICO: (Ensimismado) Dolor, muerte y nada… Tinieblas, contemplad cómo vuestra presa y eterna víctima muere sobre la nada y el dolor. No lastiméis vuestras garras al penetrar en mi alma lastimada. Es este dolor que vive aquí dentro tan punzante, que ni la rosa amarilla de Venus saciaría el deseo de un alivio, porque marchita moriría a manos del dolor del alma del poeta. Dolor, muerte y nada…

(La escena comienza a iluminarse. El bullicio aumenta en la calle, y las personas, a medida que se cruzan con FEDERICO, quien se mantiene tumbado en el suelo, le observan extrañadas. Poco a poco crece una aglomeración de gentes alrededor de FEDERICO. Ahora entra en escena José Antonio Rubio Sacristán, que al toparse con el gentío, se detiene inmediatamente)

JOSÉ: (Asomando el rostro de entre los presentes) ¡Federico! ¿Qué haces allí tumbado como una baldosa a medio encajar? Levanta, hombre.

FEDERICO: (Suspira y cierra los ojos) No contempléis a este recién muerto con esos ojos como luceros cortantes. “El hombre famoso tiene la amargura de llevar el pecho frío y traspasado por linternas sordas que dirigen sobre él los otros” (Exhala un sonido agónico y enmudece)

(Todos los presentes observan estupefactos la escena. Se temen lo peor)

FEDERICO: (De un salto) ¡Aaaaah! (Ríe)

(El gentío, sobresaltado, se amedrenta)

SEÑORA 1: ¡Qué susto, Dios mío!

SEÑOR 1: ¡Por Dios!

SEÑORA 2: ¡Qué susto! ¡Qué susto!

(Se alejan. FEDERICO continúa riendo)

JOSÉ: (En cierto modo sonriente) Federico… No hay quién te supere… (Ahora ríen ambos) Anda, vamos, que te invito a un café. (Le tiende la mano. Ambos se sientan en una de las mesas del café del hotel Palace)

JOSÉ: Bueno, cuéntame, ¿qué te sucede?

FEDERICO: (Sorbiendo un poco de café) ¿A mí?

JOSÉ: ¿No me irás a decir ahora que estar tumbado en el suelo y a estas horas de la mañana, es algo normal?

FEDERICO: (Eludiendo la pregunta) A unos compañeros de la "Resi" y a mí nos han invitado al Ateneo de Sevilla para conmemorar a Góngora. ¿No es fantástico? Todavía no sé qué poema leer. Quizá uno del Romancero Gitano. ¿Tú qué opinas?

JOSÉ: Federico.

(El semblante de FEDERICO se torna más serio. Deja la taza de café en la mesa)

JOSÉ: Federico, puedes contármelo.

FEDERICO: Estoy devastado, José. "Me doy cuenta qué es eso del fuego de amor de que hablan los poetas eróticos y me doy cuenta, cuando tengo necesariamente que cortarlo de mi vida para no sucumbir". Estoy perdiendo a todos… Amigos, amores… Salvador se distancia, Luis me rechaza y Pepín…, de Pepín no sé nada… (Suspira de nuevo) Y ahora además está Emilio…

JOSÉ: ¿Prados?

FEDERICO: No, pero a ese también podría incluirle en esta lista de martirio… No he nacido para esto del amor, José…

JOSÉ: No digas eso, Federico. Dime, ¿qué sucede con ese otro hombre?

FEDERICO: Es un muchacho magnífico. Guapo como él solo, hermoso, "entre ruso y tahitiano". Y era mi fuente de alegría, José. Creo que ha suplido el vacío que me inundó Salvador. Hace un tiempo le dediqué una fotografía en la que salimos ambos. En el pie de la imagen le inscribí: "Recuerdo de los DOSITOS", y le fascinó.

JOSÉ: ¿No será Aladrén?

FEDERICO: (Irguiendo el rostro despacio) El mismo.

(JOSÉ aparta el rostro)

FEDERICO: ¿Qué ocurre? ¿No te agrada?

JOSÉ: Federico, Emilio es un escultor de pacotilla a quien le gusta mucho conseguir renombre con personalidades como tú a su lado.

FEDERICO: José, no quiero oír eso, por favor.

JOSÉ: Es la verdad.

FEDERICO: (Sollozando) Pepe, temo, temo con horror que únicamente pueda acariciar el amor con versos y estrofas… Mis poesías son puros corazones apasionados que se comen al hombre amado a versos, pero jamás a besos. El beso…, el beso no es más que una hipérbole elocuente, que cautiva, porque en poesía tan solo puede exagerarse el verso si se desea salir del papel y besar con los labios los labios del otro…

(Silencio)

JOSÉ: Lo siento… Lo siento… Federico, mírame. (FEDERICO hace lo propio) Este corazón (tocando su pecho) merece otro que desgarre las púas que le han herido, y que lo bese, que lo bese con un beso eterno, porque, amigo Federico, tu alma merece ser siempre amada.

FEDERICO: Amigo… (Se abrazan. Entra ALADRÉN)

ALADRÉN: ¡Federico! ¡Qué alegría verte!

(FEDERICO y PEPE dejan de abrazarse)

FEDERICO: Emilio…

(Silencio)

ALADRÉN: ¿No vas a abrazarme?

PEPE: ¡No!

ALADRÉN: (Tuerce la mirada hacia PEPE) ¿Perdón?

(FEDERICO queda absorto durante un tiempo. Ahora mira a PEPE, luego de nuevo a ALADRÉN)

FEDERICO: “Bueno, no os presento puesto que ya os conocéis”

ALADRÉN: (Mira a PEPE, extrañado) “No creo que nos conozcamos”

PEPE: “¡Claro que no! ¡Me alegro de nunca haber conocido a un hijo de puta tan grande como tú!”

ALADRÉN: Pero, ¿cómo se atreve? (Pretendiendo abalanzarse sobre PEPE)

PEPE: ¿Cómo te atreves tú a engañar y a lastimar a mi amigo de este modo tan innoble?

ALADRÉN: ¡Yo jamás he engañado ni engañaría a Federico!

PEPE: Entonces, le quieres. Júralo entonces. ¡Júralo!

FEDERICO: ¡Déjalo, Pepe!

PEPE: Federico, ¡si ni siquiera es capaz de mirarte a la cara!

FEDERICO: Porque le incomodas, Pepe. ¡Déjalo!

PEPE: No te ciegues ahora, Federico. Fíjate bien, no te ama.

ALADRÉN: (Indeciso. Ahora resuelto) Juro que amo a Federico.

(FEDERICO y PEPE se vuelven hacia ALADRÉN)

FEDERICO: ¿Dices la verdad, querido Emilio?

ALADRÉN: Toda.

PEPE: ¿Estás seguro?

ALADRÉN: ¡Por supuesto!

PEPE: Muy bien.

ALADRÉN: ¿Me crees ahora, Federico?

FEDERICO: Te creo.

ALADRÉN: Gracias. (Pausa) Siento este mal entendido, prometo que no volverá a suceder. Ven aquí, Federico. (Extendiendo sus brazos)

(FEDERICO le abraza. Se escurre las lágrimas)

FEDERICO: Por un momento he llegado a creer que tan solo querías mi fama, Emilio. Pero yo sé que me amas enterito.

ALADRÉN: Te amo. (Se abrazan de nuevo)

PEPE: (Suspira poco convencido) Pero Federico…

VOZ DE ELENA: ¡Emilio!

FEDERICO: ¿Quién te reclama, Emilio?

ALADRÉN: (Inquieto) No creo que vaya a mí destinado.

VOZ DE ELENA: ¡Emilio!

FEDERICO: Brama tu nombre.

ALADRÉN: Otro.

VOZ DE ELENA: ¡Aladrenito!

FEDERICO: Brama tu apellido.

ALADRÉN: Quizá no sea más que coincidencia… Federico, ¿por qué no vamos a…?

(Entra ELENA)

ELENA: ¡Emilio! ¿Por qué te demorabas tanto? (Le besa en los morros) Pensaba que te habías marchado, y habías dejado a tu querida Elena abandonada. (Se vuelve hacia PEPE y FEDERICO) ¡Oh, buenos días! Emilio, ¿no me vas a presentar?

(FEDERICO queda absorto)

PEPE: No creo que sea una buena idea. Vamos, Federico. (Con ademán de irse)

ELENA: ¡Un momento! (A FEDERICO) Tú eres el poeta ese. Emilio no hace más que hablarme de ti. No sabes lo mucho que te agradezco que des a conocer la obra de mi Aladrenito. ¡Pronto será un famoso escultor! Y todos reconocerán su arte.

PEPE: Vamos, Federico. (Ya en la salida)

(FEDERICO está junto a PEPE, tiene la mirada adherida al suelo)

ALADRÉN: Federico… ¡Federico!

(ELENA mira confusa)

ALADRÉN: ¡No!, no os marchéis. (PEPE se detiene) Ya partimos nosotros. (Coge a ELENA del brazo. Después vira la mirada hacia FEDERICO quien continúa mirando el suelo, deshecho. A ELENA) ¡Elena, vamos! (Salen)

(Silencio)

PEPE: Federico…

FEDERICO: (Fingiendo una sonrisa cómica) “¡Ay, qué dramón tan grande que tengo!”

PEPE: Federico…

FEDERICO: ¿Lo oyes? Ya me clama la soledad, el irresistible deseo de soledad.

PEPE: Federico…

FEDERICO: Adiós, Pepe, ya me reclaman las horas oscuras, ya. (Sale)

CUADRO CUARTO

Noche. Lugar indefinido. Hay escasa lumbre concentrada en un halo de luz que enfoca a FEDERICO desde arriba. Éste está sentado junto al piano que reposa en el centro del escenario. Ahora transcribirá (tan solo lo entrecomillado) por medio de la voz y acompañado del piano, las cartas que ha ido enviando a SALVADOR. Esta escena es un reflejo del epistolario personal de ambos.

FEDERICO: (Toca el piano con suavidad) Querido Salvador, "tu carta ha sido un motivo de alegría en este verano melancólico y turbio que estoy pasando" "Creo que atravieso una de las crisis más fuertes que he tenido, mi obra literaria y mi obra sentimental se me vienen al suelo" (Pausa)

"Una dura corona de blancos bergantines
Ciñe frentes amargos y cabellos de arena.
Las sirenas convencen pero no sugestionan
Y salen si mostramos un vaso de agua"

SALVADOR: Hola Federiquito, esto último que he leído y que no es más que un fragmento de lo que me estás dedicando, "es gordo porque es casi ARITMETICA" (Con acento daliniano). "Yo no sé decirte las cosas que tú me dices de mis pinturas, pero ten por seguro que te creo el único genio actual – ya lo sabes – a pesar de lo burro que soy en literatura, lo poco que cojo de ti me deja *muelto*" *(Pausa breve)* "¡¿Cuándo podré conocer entera tu oda?! ¡No hay derecho a dármela en cuenta gotas!" Creo que me está calando de intriga por momentos el tiempo de latencia. Quiero leerla, ya, o mañana, pero pronto. ¡Enseguidita! Esta espera me bloquea el aliento y el hambre. "*¡Hay mi Hoda!*"

FEDERICO:

"Canto tu bello esfuerzo de luces catalanas,
Tu amor a lo que tiene explicación posible.
Canto tu corazón astronómico y tierno,
De baraja francesa y sin ninguna herida…"

SALVADOR: No he podido hacer otra cosa que releer todas las cartas tuyas. "*Fillet!* Son algo extraordinario, en cada línea hay sugestiones para numerosos libros, obras teatrales, etc. Etc. Etc. Qué japonesito más gordo eres, ¡coño!"

FEDERICO:

"¡Oh, Salvador Dalí, de voz aceitunada!
No elogio tu imperfecto pincel adolescente
Ni tu color que ronda tu color de tiempo,
Pero alabo tus ansias de eterno limitado"

SALVADOR: "Federico, te espero cada día. Tenemos que no hablar tanto juntos. Adiós" (El piano enmudece)

FEDERICO:

"Pides la luz antigua que se queda en la frente,
Sin bajar a la boca ni al corazón del hombre.
Luz que temen las vides entrañables de Baco
Y la fuerza sin orden que lleva el agua curva"

SALVADOR: (Comienza a sonar de nuevo el piano, esta vez algo más serio) Emotividad. ¿Qué palabra más putrefacta, verdad, Federico? Considero que si el arte se esbozara con aunque fueran diminutas brisas de sentimentalismo, los trazos emprendidos se quemarían seguidamente, porque solo debe quedar el intelectualismo (acento daliniano pronunciado), ¡la razón!, y ¡el surrealismo! (Pausa) "La profundidad excesiva podría ser peor, podría ser éxtasis. A mí no me gusta que nada me guste extraordinariamente, huyo de las cosas que me podrían extasiar" ¡Es un peligro para la inteligencia! (Cesa la melodía del piano)

(La luz que ilumina a FEDERICO se apaga, ahora solo se ve a SALVADOR. Pausa larga)

SALVADOR: Federiquito, "escríbeme enseguida, enseguida, enseguidita"

(Pausa larga)

SALVADOR: (Con un tono algo divertido) "*Ola senor*; debes ser rico, si estuviera contigo haría de putito para conmoverte y robarte billetitos" Siento un extraño sentimiento de añoranza, Federiquito. Me veo en la rara necesidad de abrazarte la cintura. Estás muy lejos, y lo sé. Por eso creo que voy a inventar un artilugio de esos que sorprende a los putrefactos ignorantes para alargar los brazos y tocarte.

(Comienza a sonar de nuevo el piano y se ilumina la figura de FEDERICO)

FEDERICO: "Pero ante todo canto un común pensamiento que nos une en las horas oscuras y doradas" "No es el arte la luz que nos llega a los ojos, es primero el amor, la amistad o la esgrima"

(FEDERICO se pone en pie)

FEDERICO: Salvador, "acuérdate de mí cuando estés en la playa y sobre todo cuando pintes las crepitantes y únicas cenicitas, ¡ay, mis cenicitas! Pon mi nombre en el cuadro

para que mi nombre sirva para algo en el mundo y dame un abrazo que bien lo necesita tu Federico”

(Se apaga el foco que iluminaba a SALVADOR. Ahora solo se aprecia la silueta de FEDERICO. De pronto se observa la figura de SALVADOR acercándose a FEDERICO por su espalda)

SALVADOR: (Apoyando su barbilla sobre el hombro de FEDERICO. En un susurro) “Tú eres una borrasca cristiana y necesitas de mi paganismo” (FEDERICO cierra los ojos) “Yo iré a buscarte para hacerte una cura de mar. Será invierno y encenderemos lumbre. Las pobres bestias estarán ateridas. Tú te acordarás que eres inventor de cosas maravillosas y viviremos juntos en una máquina de retratar”

FEDERICO: (Musitando) Salvador… Reposas aquí y en todas partes… No puedo evitar sentir tu aliento en crines porque te tengo lo menos en mi garganta, atado a las cuerdas vocales, que cuando suenan, desprenden un balbuceo triste, contenido y amargo.

SALVADOR: No derrames lágrimas, Federico.

FEDERICO: No lo hago. Derramo sangre…

SALVADOR: Sangre… ¿Te duele?

FEDERICO: Aquí y aquí. Inmensamente…

SALVADOR: ¿Cómo puedo curarte?

FEDERICO: No puedes.

SALVADOR: Tendré que arrancarme de ti.

FEDERICO: ¡No! “Me parece que tengo una cálida moneda en la mano y no la puedo soltar. Pero tampoco quiero soltarla, hijito. Tengo que pensar que eres feísimo para quererte más”

SALVADOR: Tendré que cubrirme la cara.

FEDERICO: ¡No! Eso jamás. No hay que esconderse.

SALVADOR: ¿Tú estás escondido?

FEDERICO: Ya no. Ahora tengo alas y puedo volar.

SALVADOR: ¿Antes?

FEDERICO: Piernas y tan solo podía gatear.

SALVADOR: ¿Te duele?

FEDERICO: (Solloza levemente) Mucho…

SALVADOR: (Cierra los ojos) No llores…

FEDERICO: Me duele…

SALVADOR: Quiero curarte.

FEDERICO: Y yo que me cures.

(Silencio)

FEDERICO: Salvador…

SALVADOR: Dime, Federico…

FEDERICO: ¿Por qué duermes tan lejos?

SALVADOR: Duermo en ti.

FEDERICO: Pero estás dormido…

SALVADOR: Estoy despierto.

FEDERICO: (Una lágrima desliza sobre su rostro) Pero no puedo tocarte…

SALVADOR: ¡Tócame!

FEDERICO: No puedo…

SALVADOR: Federico…

FEDERICO: Salvador, habla, por favor, tan solo puedo oírte.

SALVADOR: Tienes la cintura helada.

FEDERICO: Pero el alma caliente.

SALVADOR: Hay una sábana.

FEDERICO: No la mires.

SALVADOR: ¿La quieres?

FEDERICO: Quiero tus manos.

SALVADOR: ¿Me oyes?

FEDERICO: Cada vez más tenue. ¡No te alejes!

SALVADOR: No me alejo. ¿Quieres agua?

FEDERICO: Quiero vino y una pompa de mar.

SALVADOR: No hay vino.

FEDERICO: Lo sé… Tan solo pompas…

SALVADOR: Hay un reloj.

FEDERICO: Ignóralo.

SALVADOR: Se ha parado.

FEDERICO: Mejor.

SALVADOR: ¿Qué tienes tras el oído?

FEDERICO: Un corazón.

SALVADOR: Una máscara.

FEDERICO: ¡Lánzala!

SALVADOR: Estás desnudo.

FEDERICO: Mejor.

SALVADOR: ¿No tienes frío?

FEDERICO: Tengo ausencia.

SALVADOR: ¿Dónde está la lumbre?

FEDERICO: Tras el oído.

SALVADOR: ¿Cómo puedo dártela?

FEDERICO: Despertando.

SALVADOR: Estoy despierto.

FEDERICO: Estás dormido.

SALVADOR: Todos estamos dormidos…

FEDERICO: Lo sé…

SALVADOR: ¿Tú?

FEDERICO: Muerto.

SALVADOR: ¿Por qué respiras?

FEDERICO: No lo sé…

SALVADOR: Los muertos no respiran.

FEDERICO: Quizá sea un muerto especial.

SALVADOR: Un muerto desnudo.

FEDERICO: Un muerto desnudo y ausente.

(Pausa)

SALVADOR: El reloj.

FEDERICO: ¿Qué le pasa?

SALVADOR: Se mueve.

FEDERICO: Horror.

SALVADOR: ¿Qué te sucede, Federiquito?

FEDERICO: Ahora duele más.

SALVADOR: Federico…

FEDERICO: Salvador…

SALVADOR: Ya son las seis.

FEDERICO: ¿Y las cinco?

SALVADOR: Han pasado.

FEDERICO: No te alejes.

SALVADOR: Detenme…

FEDERICO: No puedo… ¡Cógeme de la mano!

SALVADOR: Tómala.

FEDERICO: No puedo…

SALVADOR: Entonces, abrázame.

FEDERICO: (Sollozando) No puedo…

SALVADOR: Quiero un beso.

FEDERICO: Y yo tus labios.

SALVADOR: ¿Dónde tienes los tuyos?

FEDERICO: Se han congelado.

SALVADOR: Federico…

FEDERICO: Salvador…

SALVADOR: Federico…

FEDERICO: Salvador…

(SALVADOR se aparta del foco lentamente. No se divisa su silueta. Ha salido de escena)

FEDERICO: Salvador… (Abre los ojos) ¿Salvador? (Mira a los lados; ahora a la luna, que es el foco que ha estado iluminando a FEDERICO durante toda la escena) Luna, dile a Salvador que vuelva. Tú me lo has robado. Luna, insístele. Tú te lo has llevado. Luna, tráemelo de vuelta, que sin él ya todo es hielo y penumbra. Luna, ¿a dónde te lo llevas? "Ahora sé lo que pierdo separándome de él" Luna, te has llevado la lumbre, el corazón y el beso. Luna, devuélvemelo. Luna, ¿por qué me lo has robado?

(La luz de la luna comienza a atenuarse. Se apaga. Oscuro)

TELÓN RÁPIDO.

ACTO 3

CUADRO PRIMERO

1936. Madrid. Calle. Una serie de jóvenes, alegres, entran y salen con cajas, que descargan sobre el escenario. FEDERICO, contento, lanza indicaciones al tiempo que prepara con la ayuda de otros jóvenes el tablado de un escenario. FEDERICO porta un mono azul marino. Encima del tablado, tras las cortinas que servirán de telón, hay un pequeño cartel que lleva inscrito el nombre de "La Barraca". La gente camina expectante por la calle, con los ojos adheridos a la labor.

JOVEN 1: ¡Viva la libertad!

JOVEN 2: ¡Viva el teatro!

TODOS:

Cantaremos la emancipación
de la mariposa sobre el nido,
del canguro sobre el saco,
del niño sobre la cuna.

FEDERICO: ¡Del corazón sobre el pecho!

TODOS: ¡Del corazón sobre el pecho!

(FEDERICO se sube al tablado, los jóvenes le siguen y se cogen de las manos formando un corro. FEDERICO queda en el centro y gesticula teatralmente con los brazos)

FEDERICO:

Siento, siento, siento,
sobre los muros apagados
una ráfaga encendida
de viento, viento, viento.

TODOS:

¡Siento, siento, siento,
sobre los muros apagados
una ráfaga encendida
de viento, viento, viento!

(FEDERICO coge un manto negro y los jóvenes ralentizan el paso alrededor suyo)

FEDERICO: ¿Habéis conversado alguna vez con la muerte?

TODOS: (En círculos) ¡No!

FEDERICO: ¿Ni con sus pequeños incisivos?

TODOS: ¡No!

FEDERICO: ¿Queréis conocerla?

TODOS: ¡No!

FEDERICO: ¡Tarde! (Se cubre con el manto negro) Aquí me tenéis, presas del silencio.

Cae agua y vino,
desde las cuencas
hasta el mar,
desde el pecho
hasta mi lar.

TODOS: ¡Hasta tu lar! ¡Hasta tu lar!

FEDERICO:

Todo es negro y obtuso,
mi mano aguda,
la daga puntiaguda
y el pecado un abuso.

TODOS: ¡Y el pecado un abuso! ¡El pecado un abuso!

RAPÚN: (Sale de entre los jóvenes) ¡Silencio, silencio! ¡No cantéis, no cantéis!

FEDERICO: ¿Me retáis?

RAPÚN: Os reto.

FEDERICO: ¿Quién sois?

RAPÚN: La vida. ¿Vos?

FEDERICO: La muerte. ¡Y daré muerte a la vida!

RAPÚN: ¡Yo vida a la muerte!

(FEDERICO coge de la mano a RAPÚN y comienzan a danzar)

TODOS:

Danza macabra.
Danza de cabra.
La vida y la muerte,
La muerte y la vida.

Noche y día,
Frente a frente.
Danza macabra.
Danza de cabra.

(FEDERICO y RAPÚN continúan danzando. Después, de un golpe se abrazan)

FEDERICO: ¡En paz!

RAPÚN: ¡En paz!

FEDERICO: Toma mi hoz.

RAPÚN: Toma mi voz.

FEDERICO: Toma mi mudez.

RAPÚN: Toma mi candidez.

FEDERICO: ¡En paz!

RAPÚN: ¡En paz!

(Se abrazan. Después todos ríen)

JOVEN 1: ¡Qué alegría, Federico, qué alegría!

JOVEN 2: ¡Esto es cultura para los ojos del pueblo entero!

FEDERICO: Amigos míos, coloquemos esas cajas y maquillémonos, que esta noche alzaremos el telón.

TODOS: ¡Sí, sí! ¡Vamos!

(Los JÓVENES continúan entrando y saliendo con nuevas cajas. En el proscenio quedan FEDERICO y RAPÚN. El primero mira satisfecho el tablado)

RAPÚN: Federico.

FEDERICO: (Se vuelve) ¡Tres erres de mi corazón! ¿Me querías?

RAPÚN: Te quiero.

(Se abrazan)

FEDERICO: Dime, Rafael, ¿qué deseas?

RAPÚN: Un pequeño instante para ausentarme. ¿Me lo das?

FEDERICO: Te lo doy. Pero te quiero de vuelta en menos que cante el búho.

(Ríen)

RAPÚN: (En un susurro) Federico... (Le coge de las manos)

FEDERICO: No me sueltes.

RAPÚN: Nunca.

(RAPÚN contempla sus manos)

RAPÚN: Cuando den las cinco… (Alzando la mirada)

FEDERICO: Las cinco…

RAPÚN: …Ven a buscarme al hotel de siempre.

FEDERICO: ¿Majestic?

RAPÚN: El mismo.

FEDERICO: Allí estaré, sin antifaz.

RAPÚN: Sin máscara.

(Se miran durante unos instantes. RAPÚN estrecha las manos con mayor pasión y clava su mirada en los ojos de FEDERICO)

RAPÚN: (Despegando con delicadeza sus manos de las de FEDERICO) Hasta las cinco...

FEDERICO: Hasta las cinco… (Se sueltan del todo)

(Sale RAPÚN. La luz comienza a atenuarse. Oscuro)

CUADRO SEGUNDO

Tarde. Café del hotel Majestic. FEDERICO se halla sentado en una mesa. Su rostro parece impaciente y desesperado. Mira el reloj con insistencia.

FEDERICO: ¡No ha venido en toda la tarde! "¡Se me ha ido! ¡Y eso sí que no!"

Paulatinamente la escena se oscurece. FEDERICO deja caer su mirada sobre la mesa, abatido. Oscuro. Ahora la escena se ilumina levemente. Se trata de un salón decorado con muebles Vintage combinados con accesorios surrealistas.

(Entra SALVADOR, esta vez con un bigote rimbombante)

SALVADOR: ¡Federico!

FEDERICO: (Se pone en pie) ¡Salvador!

(Pausa corta)

SALVADOR: ¿Qué sucede? ¿No vas a darme tus brazos? (Con ademán de abrazarle)

FEDERICO: Ha pasado mucho tiempo…

(SALVADOR se detiene)

FEDERICO: Al final fuiste a París…

SALVADOR: Federico…

FEDERICO: Y no me escribiste… (Se vuelve dándole la espalda)

SALVADOR: Federico, he estado ocupado.

FEDERICO: ¿Tanto como para no acordarte de mí?

SALVADOR: Federico… (Intenta cogerle de las manos. FEDERICO se resiste y de un arrebato SALVADOR le agarra y le abraza)

FEDERICO: (Abrazados. Él solloza) He sangrado mucho…

SALVADOR: (Suspira apiadado) ¿Te dolía?

FEDERICO: Me dolía… ¡Mucho!

SALVADOR: Abrázame.

(Se abrazan estrechamente. Después de unos instantes, el rostro de FEDERICO cambia)

FEDERICO: Pero tú no estabas para sanarme.

(Se separan)

SALVADOR: ¡Federico!

FEDERICO: ¡No!

SALVADOR: Federico, dame tus brazos.

FEDERICO: Ya te los di, pero tú les giraste el rostro.

(SALVADOR enmudece)

FEDERICO: Ya no eres mi Salvador. Mira a tu alrededor, ¡solo hay máscaras y más máscaras! ¿Y el esqueleto? ¿Dónde lo escondes? Tu rostro, ¡un antifaz grande y grotesco! No te reconozco…

SALVADOR: Federico…

(Entra GALA por la derecha. FEDERICO le mira confuso. SALVADOR se vuelve y al reparar en ella, su rostro se torna alegre)

SALVADOR: ¡Querida! (La coge de la mano) Federico, quiero que os conozcáis. Os presento. (Señala a FEDERICO) Mi preciado y amado amigo, Federico García Lorca. (Señala a GALA) Y mi hermosa esposa, Elena-Gala.

(GALA saluda con dos besos a FEDERICO quien se mantiene anonadado e incómodo)

SALVADOR: (Sonriente) ¡Mis dos ídolos juntos! ¿No es maravilloso? Y el genio, Salvador Dalí, en el centro. ¡Por supuesto! (Siempre con pronunciación muy daliniana. Después mira a FEDERICO) Federico, ¿te encuentras bien? Estás muy pálido. ¿Federico? ¡Federico!

(FEDERICO cae despacio sobre el suelo. Una vez tendido, cierra los ojos)

FEDERICO:

¿Qué hora es?

Las seis de la tarde y… nada.
Oscuro.
Blanco.
Ruido.
Silencio…
Nada.

(La escena se va tornando cada vez más oscura. Negro. Solo un foco le ilumina)

FEDERICO:

¡Una!
¡Duele, duele!
¿Por qué, luna?

¡Dos!
¡Mata, mata!
¿Por qué vos?

¡No caerá otra Elena,
No!
¡Arrancadme del alma
Esta colmena!
¡Cubridme el pecho
Con una azucena!
¡No caerá otra Elena,
No!

(La escena comienza a iluminarse de nuevo. Ahora vuelve a tratarse del café del hotel Majestic. FEDERICO yace tumbado en el suelo, sollozando y con las manos cubriendo su rostro. Entra CIPRIANO corriendo. Al ver a FEDERICO, se alarma y corre tras él)

(Entra RAPÚN corriendo y llorando)

RAPÚN: ¡Federico! (Se acerca a él) Federico… (Se arrodilla)

FEDERICO: Rafael…

RAPÚN: ¡No! No hables, por favor. (Temblando) No te mereces esto. (Deja caer su cabeza sobre las piernas de FEDERICO) ¡Lo siento! ¡Lo siento! Prometí que jamás te soltaría… Déjame que te bese las piernas. (Le besa las piernas al tiempo que llora) Federico, perdóname, perdóname.

FEDERICO: Rafael…

RAPÚN: ¡No! No hables. Déjame darte el cariño que no te he dado… (Le besa de nuevo las piernas) Déjame que te compense todo el dolor que te he causado. (Le vuelve a besar. FEDERICO le acaricia la cabeza) Perdóname, perdóname. Tenía miedo…

FEDERICO: (También sollozando) Todos lo tenemos… (Pausa breve)

RAPÚN: Antes yo siempre he amado a la mujer… (FEDERICO le acaricia nuevamente la cabeza) Solo existía su figura curva en mi deseo… Pero ahora solo te quiero a ti, Federico. A nadie más. No puedo soltarme. Me tienes atado.

(Ambos permanecen así durante unos instantes. RAPÚN está abrazado a las piernas de FEDERICO, y este último acaricia sus cabellos)

RAPÚN: (Deja su rostro ladeado sobre las piernas de FEDERICO) ¿Cómo hiciste para librarte del miedo, Federico?

FEDERICO: Todavía guardo algún vestigio.

RAPÚN: Pero, ¿cómo supiste…? Y, ¿cuándo…?

FEDERICO: En Nueva York y en Cuba tuve mucho tiempo para pensar… Fue difícil, mucho… No optar, no, sino despertar. Ahora ya soy libre.

RAPÚN: (Irgue el rostro levemente) ¿Despertar?

FEDERICO: Entender que amar no es escoger entre una rosa roja y una amarilla, sino amar sin más. Sin límites.

(Pausa)

RAPÚN: Perdóname si he dudado. Pero yo… yo quería, Federico.

FEDERICO: ¿Me quieres todavía?

RAPÚN: ¡Siempre!

FEDERICO: ¿Tienes miedo?

RAPÚN: Ahora ya no.

FEDERICO: Dame tus manos.

RAPÚN: (Le acerca sus manos) Son ya tuyas.

FEDERICO: (Se pone en pie) ¿Me das tus labios?

RAPÚN: Siempre.

FEDERICO: Ven.

(RAPÚN se pone en pie)

FEDERICO: Te escurriré las lágrimas.

RAPÚN: ¿Podré besarte?

FEDERICO: Siempre.

(FEDERICO le lanza una sonrisa)

FEDERICO: (En un susurro) Ven. (Hacen un ademán de irse pero de pronto suena un disparo. Enmudecen)

RAPÚN: ¿Qué ha sido eso?

FEDERICO: No me gusta…

RAPÚN: ¿Qué sucede?

FEDERICO: Shh… No sueltes palabra.

(Enmudecen. Suena otro disparo. Por la derecha entra corriendo un grupo de personas alarmadas, y salen por la izquierda, seguidos de diez hombres armados en fila)

HOMBRE 1: ¡En frente!

HOMBRE 2: ¡Armas!

HOMBRE 3: ¡Arriba la falange!

HOMBRE 4: ¡Arriba la ley!

HOMBRE 5: ¡Arriba el orden!

TODOS los HOMBRES: ¡Arriba España!

(Cargan las escopetas y comienzan a disparar)

FEDERICO: ¡Fuera, fuera!

(FEDERICO y RAPÚN intentan salir, empavorecidos. Una bala roza el brazo de FEDERICO, este cae al suelo amedrentado. RAPÚN le levanta)

RAPÚN: ¡Vamos, Federico!

(Salen. Oscuro)

CUADRO QUINTO

Madrugada. Huerta de San Vicente. La habitación de FEDERICO está totalmente oscura. Tan solo se oye el murmullo del poeta, que está hablando en sueños.

VOZ DE FEDERICO: No… No… ¡No! No quiero un manto. No quiero una sábana. No quiero la noche en mis cuencas. ¡Luna! ¡Luna! ¡Da luz a mis ojos! ¡No veo! ¡No veo! ¡Luna! ¡Luna!

(Ahora, súbitamente, se encienden una serie de velas alrededor de FEDERICO, que está tumbado en el suelo, y un murmullo que viene de fuera se hace cada vez más intenso)

VOZ DE MUJER 1: Aquí viene la sanguijuela.

VOZ DE MUJER 2: Aquí viene la lombriz y su espuela.

VOZ DE MUJER 3: ¡Cuidado que perfora!

VOZ DE MUJER 4: ¡Cuidado que devora!

VOZ DE MUJERES: ¡Muerto! ¡Muerto!

FEDERICO: ¡No! ¡No! ¡Yo soy vida!

(Entran las MUJERES vestidas de luto, cada una con un candil en la mano. Rodean a FEDERICO y comienzan a darle vueltas)

MUJER 1: ¡Imploremos a la muerte!

MUJER 2: ¡Oh, ser oscuro! ¡Llévate a este pobre corazón, que ya no late, que ya no ama!

MUJER 3: ¡Oh, muerte! ¡Míralo cómo gime lágrimas estériles! ¡Llévatelo! ¡Llévatelo!

MUJER 4: ¡Muerto, muerto! ¡Súbelo a los cielos! ¡Que aquí solo es dolor!

FEDERICO: ¡No! ¡No! ¡Yo soy vida! ¡Yo soy vida! ¡No me llevéis a ningún lado! ¡Dejadme, dejadme!

MUJER 1: ¿Habla el muerto?

MUJER 2: No. Son murmullos de sangre y pena. Es su alma que aún no descansa. ¡Hay que subirlo! ¡Aprisa!

MUJERES: ¡Aprisa! ¡Aprisa!

MUJER 4: Muerto, muerto, muere y duerme en las alturas.

MUJERES: ¡Muerto, muerto, muere y duerme en las alturas!

FEDERICO: ¡No! ¡No! ¡Yo soy vida! ¡Yo soy vida!

MUJER 1: Solo gime el muerto. ¿Qué le pasa?

MUJER 2: ¡Pobrecillo!

MUJER 3: No sabe cómo subir.

MUJER 2: ¡No sabe cómo morir!

MUJER 4: ¡Ayudémosle!

MUJERES: ¡Ayudémosle!

FEDERICO: ¡Yo soy vida!

MUJER 1: Extrae la sanguijuela.

MUJER 2: La lombriz y la espuela.

MUJER 4: ¡La espuela!

MUJER 3: ¡La espuela!

(La MUJER 2 extrae una daga de su bolsillo)

FEDERICO: ¡No!

MUJER 1: No solloces, muerto.

MUJER 4: Castraremos tu bramido.

MUJER 2: Te quitaremos la pena.

MUJER 3: Ahora ya no habrá quejido.

MUJER 4: ¡Te subiremos sobre la almena!

FEDERICO: ¡No! ¡No!

(Las MUJERES se agachan y la MUJER 2 acerca la daga al pecho del poeta)

FEDERICO: ¡Yo soy vida! ¡Yo soy vida!

(Ahora la estancia se torna totalmente oscura. Después se oye el gañido ahogado de FEDERICO. La escena se ilumina y puede observarse que FEDERICO está en el suelo sollozando. Entra ANGELINA)

ANGELINA: ¡Señorito Federico! (Se aproxima a él) ¿Está usted bien?

FEDERICO: ¡No me llevéis! ¡Dejadme, dejadme! (Abre los ojos) Angelina… (Mira a su alrededor)

ANGELINA: Ha tenido una pesadilla, señorito. (Posa su mano sobre los brazos de él con ademán de ayudarle a levantarse) Está usted temblando… Le prepararé una taza de té. Espere, no se mueva, voy a llamar al señorito Eduardo para que cuide de usted mientras tanto.

FEDERICO: Gracias, Angelina. Eres una margarita con estambres de rosa.

ANGELINA: (Sonríe) Qué cosas dice usted, señorito Federico. Lamento no tener esa capacidad de la que goza su persona para comprender tales maravillas. Pero aun así, al oído sus poesías hacen un cosquilleo muy bello.

FEDERICO: Con tal de que ese cosquilleo te eleve a un estado de paz y placer, ya estás comprendiendo el misterio que desprende la poesía, mi querida Angelina.

(ANGELINA sonríe y sale. FEDERICO intenta ponerse en pie y deja su cuerpo rendido sobre la cama. Mira hacia el techo)

FEDERICO: Dime, ¿es cierto que son ya las siete de la tarde? Dime, ¿es cierto que ya no hay manecillas sobre el reloj para mí? Dime, ¿es cierto que ya no sonará jamás el péndulo? Dime, ¿es cierto que eso que musita es el final?

(Silencio. Entra EDUARDO)

EDUARDO: ¡Federico! (Se aproxima a él y se sienta en la cama) ¿Cómo estás, campeón?

FEDERICO: Eduardo. (Se irgue sonriente y emocionado. Le agarra de los brazos) Ahora mucho mejor. (Pausa) Tú me quieres, Eduardo, ¿verdad? Dímelo. Necesito un aliento de alivio para sanar esta terrible inquietud.

EDUARDO: Te quiero más que a nada, Federico.

FEDERICO: (Suspira aliviado) Tú solo aquí me regalas un consuelo tan profundo que deja algodones de flor sobre mi pecho angustiado. Pero, "no quiero seguir hablándote. Amigo mío, deja que coja tus manos (las coge) y nota tú en mi silencio la expresión más honda de mi sentir"

(Ambos se miran apasionados, cogidos de las manos)

EDUARDO: (Emocionadísimo le abraza) Federico…

(El abrazo se torna estrecho. Después, EDUARDO se separa levemente y escurre las pocas lagrimillas que han calado su rostro)

EDUARDO: Me ha dicho Angelina que has tenido una pesadilla espantosa.

FEDERICO: ¡Espantosa, espantosa! ¿Has visto mi rostro? ¡Todo un poema becqueriano!

(Ríen. Después FEDERICO se pone en pie, se acerca a la ventana y contempla el paisaje a través de ella)

EDUARDO: ¿Qué piensas?

FEDERICO: No sé si he hecho bien en venir a Granada. "Estos campos se van a llenar de muertos" "¿Tú crees que yo podría escapar de aquí y ponerme a salvo con los republicanos?" (Voltea el rostro hacia EDUARDO, éste enmudece. Finalmente, FEDERICO vuelve a mirar a través de la ventana) Lo siento, no tienes por qué

responder a esa pregunta. No quiero comprometerte. (Silencio) Lo sé… (Casi en un sollozo) Sé que me quieren matar…, y sé que voy a morir…

EDUARDO: (Se pone en pie y se aproxima a él) Federico… (Le abraza fuertemente)

FEDERICO: (Después del abrazo) Déjalo, Eduardo. Ya no se puede hacer más. (Cabizbajo)

EDUARDO: ¡No! Encontraremos una solución, Federico. La encontraremos. Te lo prometo. Mírame a los ojos. ¡Mírame! (FEDERICO alza la mirada. Se miran. EDUARDO ase su rostro y lo acaricia) Te lo prometo.

VOZ DE DON FEDERICO: ¡Váyanse! ¡Váyanse he dicho!

(FEDERICO y EDUARDO tuercen el rostro hacia la derecha. COCNHA entra sollozando)

FEDERICO: (Alarmado) ¿Qué sucede, Concha? Dímelo. ¿Qué sucede?

CONCHA: (Lloriquea) Buscan al casero… Y a sus hermanos… Sobre todo a ellos. Pero papá no sabe nada…

(Entra HOMBRE 1, DON FEDERICO, DOÑA VICENTA y un par de HOMBRES armados)

DON FEDERICO: (A HOMBRE 1) ¡Ya le digo que aquí no está!

HOMBRE 1: ¡Cállese! ¡No se entrometa, don Federico! ¡Más le vale!

FEDERICO: Pero ¡¿qué significa esto?!

CONCHA: (Atemorizada) ¡Federico, por favor, déjalo!

HOMBRE 2: (Agarra el brazo de CONCHA) ¡Calla! ¡No aúlles tanto!

FEDERICO: (Aproximándose a los HOMBRES con ímpetu) ¡Dejadles en paz! ¡Ellos no han hecho nada! (Intenta soltar el brazo del hombre que agarra a su hermana) ¡Suéltela!

HOMBRE 1: ¡Quita, maricón!

(Un par de HOMBRES se aceran a FEDERICO y le agarran fuerte del brazo)

HOMBRE 1: ¿Te crees muy hombre, verdad?

CONCHA: ¡No! ¡Dejadle, dejadle!

DOÑA VICENTA: Por favor… Se lo suplico.

(Los HOMBRES atizan a FEDERICO y le lanzan al suelo. CONCHA esconde su rostro bajo el brazo de DOÑA VICENTA. DON FEDERICO queda paralizado al igual que EDUARDO)

HOMBRE 2: ¡Mariquita! ¡Cobarde!

HOMBRE 3: ¡Rojo pervertido!

HOMBRE 1: ¿Ahora ya no eres tan hombre, eh? ¡Maricón asqueroso! (Le pega una patada)

EDUARDO: ¡Basta! (Se acerca a los HOMBRES y los intenta apartar. Estos se detienen) ¡Basta ya! (Se agacha y compadece a FEDERICO) Federico, tranquilo…

HOMBRE 1: ¡Ah! ¿Con que éste es el novio?

(Los HOMBRES se ríen)

DON FEDERICO: ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa he dicho!

HOMBRE 1: (Acercándose a él con ira) Don Federico, tenga usted cuidado, y su hijo el que más. (A los demás hombres) ¡Vamos! (Salen)

EDUARDO: ¡Rápido! ¡Agua y una toalla!

(CONCHA, DON FEDERICO y DOÑA VICENTA se aproximan a FEDERICO que está tendido en el suelo con heridas y cardenales por todo el cuerpo)

CONCHA: ¡Angelina, ya puedes salir!

(ANGELINA sale de su escondrijo)

CONCHA: Trae agua y unos paños.

ANGELINA: Sí, señorita. (Sale)

EDUARDO: (Sobando su rostro) Federico, ¿cómo te encuentras?

FEDERICO: (Alzando las manos con un ademán de auxilio) Eduardo, ¡dime que no voy a morir…! ¡Dime que no me van a matar…!

(EDUARDO mira a los demás. DOÑA VICENTA comienza a llorar)

EDUARDO: No te va a pasar nada, Federico. (Suspira) No lo voy a permitir.

(Entra ANGELINA)

ANGELINA: Señorita, aquí tiene los paños y el agua.

CONCHA: Gracias. (Le tiende lo dicho a EDUARDO y éste comienza a limpiar las heridas de FEDERICO)

ANGELINA: ¿Cómo se encuentra el señorito?

EDUARDO: Mejor. Solo requiere un poco de reposo.

ANGELINA: ¿Le preparo el catre?

EDUARDO: Gracias, Angelina.

(ANGELINA sale)

DOÑA VICENTA: ¿Qué vamos a hacer?

EDUARDO: Federico no está seguro aquí.

DON FEDERICO: Medio cuartel está pendiente de sus movimientos.

EDUARDO: Cualquier paso en falso y…

CONCHA: ¡No! Hay que ayudarle a escapar. ¡Esta misma noche!

DOÑA VICENTA: Pero, ¿dónde, hija? ¡Ahora es muy peligroso!

(Silencio)

CONCHA: Quizá don Manuel de Falla…

DOÑA VICENTA: ¡Sí, hija!

DON FEDERICO: No, Vicenta, no podemos causarle más molestias.

(Silencio)

FEDERICO: Luis… Luis Rosales.

CONCHA: ¿El falangista?

FEDERICO: El poeta…

DON FEDERICO: ¡Pero eso es absurdo! ¡Toda su familia es de la Falange!

EDUARDO: (Pensativo) No. Puede ser una buena idea. Luis es amigo de Federico, y su hermano, Pepiniqui, es uno de los superiores. Ellos podrían mantener a Federico a salvo de toda esta amenaza.

DOÑA VICENTA: Eduardo, ¿crees que resultará?

EDUARDO: Es la única alternativa, doña Vicenta.

DON FEDERICO: Está bien. (Suspira) ¡Angelina, vaya preparando la maleta de Federico!

VOZ DE ANGELINA: ¡Sí, señor!

DON FEDERICO: Esta misma noche Federico tiene que estar en casa de los Rosales. No puede quedar rastro de su presencia aquí en la Huerta. Y nadie ha de saber dónde se esconde. ¿Queda claro?

CONCHA: (Temblorosa) Sí.

(Los demás asienten y se miran entre ellos. La luz se va atenuando hasta que el escenario queda totalmente a oscuras)

CUADRO SEXTO

Tarde. Casa de los Rosales. FEDERICO está junto al piano tocando una pieza para la familia Rosales. Viste de blanco, como en los dos primeros actos.

(DOÑA ESPERANZA, ESPERANCITA y TÍA LUISA aplauden a FEDERICO)

DOÑA ESPERANZA: ¡Federico! ¡Qué maravilla!

FEDERICO: ¡Doña Esperanza! ¡La más bonita de Granada!

DOÑA ESPERANZA: Hay que ver el talento y la persona que te forman, Federico. ¡Eres un misterio elegantísimo!

TÍA LUISA: ¡Elegantísimo, elegantísimo!

FEDERICO: Queridas… (Les besa las manos) ¿Os ha agradado?

ESPERANCITA: ¡Mucho, mucho!

FEDERICO: Esperancita, eres más hermosa que un clavel con pétalos de rosa y aroma de jazmines. (Ríen)

FEDERICO: Señoras, señoritas, señoronas mías, no sabéis lo mucho que os agradezco esto…

ESPERANCITA: ¿El qué, Federico?

FEDERICO: Que me tengáis en vuestra casa, que me cuidéis tan bien, que me queráis y prestéis tanto cariño…

DOÑA ESPERANZA: Pero, Federico, si el placer es nuestro. ¿Quién no querría compartir una velada maravillosa con un ser tan admirable como tú?

FEDERICO: (Cómicamente) ¡Los putrefactos! (Ríen)

ESPERANCITA: ¿Tienes otra pieza para nosotras?

FEDERICO: ¡Cuantas queráis! La música siempre está dispuesta a surgir de estas yemas para sonar en el teclado, y más aún si va destinada a tres bellezas como vosotras. ¡A cual más hermosa!

TÍA LUISA: ¡Qué cosas, qué cosas dice el muchacho! No dejes que me ruborice, Federico, que luego no hay quien me baje de las nubes. (Ríen)

FEDERICO: Pero no baje usted, tía Luisa, que volar sobre las nubes como un ave libre, es un placer que muchos no pueden degustar. (Queda pensativo. Silencio) Bien, ¿un romance? (Se dispone a tocar el piano cuando de pronto suena el reloj de péndulo. Se vuelve hacia éste, amedrentado. Casi susurrando) Van a dar las cinco... Las cinco en punto de la tarde.

(Golpes en la puerta principal. Silencio)

VOZ DE RUIZ ALONSO: ¡Federico García Lorca!

(Todos los presentes cruzan miradas de temor. El péndulo continúa sonando. FEDERICO ha quedado paralizado)

VOZ DE RUIZ ALOSNO: ¡En nombre de la ley, abran!

DOÑA ESPERANZA: ¡Federico, corre, corre, sube a tu habitación! ¡Aprisa!

(FEDERICO mira la puerta, después el reloj, estupefacto. Traga saliva)

DOÑA ESPERANZA: ¡Federico! ¡Vamos!

(FEDERICO sale de su ensimismamiento y corre hacia la habitación. Sale)

VOZ DE RUIZ ALONSO: ¡Abran la puerta o la echo abajo!

(DOÑA ESPERANZA se aproxima a la puerta y la abre. El péndulo deja de sonar. Entra RUIZ ALONSO acompañado de dos guardias de Falange, TRESCASTRO y GARCÍA-ÁLIX)

RUIZ ALONSO: ¿Dónde está?

DOÑA ESPERANZA: ¿Quién es usted y qué hace en mi casa?

RUIZ ALONSO: Ramón Ruiz Alonso y vengo a llevarme a Federico García Lorca. ¿Dónde está?

DOÑA ESPERANZA: ¿A santo de qué?

RUIZ ALONSO: Tengo una orden firmada por el gobernador civil, José Valdés. Ese poeta ha de estar entre rejas de inmediato.

ESPERANCITA: ¡No!

DOÑA ESPERANZA: ¡Calla, hija! Señor Ruiz Alonso, está usted perturbando mi lar. ¡Salga ahora mismo de aquí!

RUIZ ALONSO: No sin el poeta.

DOÑA ESPERANZA: Le advierto, ¡salga si no quiere problemas! ¿O es que acaso no sabe quiénes son mis hijos?

RUIZ ALONSO: ¡El poeta!

DOÑA ESPERANZA: ¡Le digo que no sale de aquí!

RUIZ ALONSO: Mire, señora, ese hombre es un peligro para la sociedad, y se irá conmigo de esta casa cueste lo que cueste. ¡Si he de llevármelo a rastras, lo haré!

ESPERANCITA: ¡¿Peligro para la sociedad?! ¡Pero si él no ha hecho nada! ¡No sería capaz ni de lastimar a una mosca!

RUIZ ALONSO: ¡Pues lo ha hecho! "Ha hecho más daño con su pluma que otros con las armas" ¡Vamos! ¡Tráiganlo!

(Entra MIGUEL ROSALES)

MIGUEL ROSALES: Pero, ¡¿qué significa todo esto?! ¿Qué hace tanta gente armada en mi casa? ¿Y allí fuera? ¿Qué es todo ese pelotón?

RUIZ ALONSO: Miguel, haz el favor y tráeme al García.

MIGUEL ROSALES: Pero, ¿tú qué te has creído? ¿Crees que puedes entrar en mi casa así como así, amedrentar a mi familia y llevarte a un amigo con esta clase de amenazas? ¡Fuera!

RUIZ ALONSO: No hagas las cosas más difíciles, Miguel. Tengo una orden y se ha de cumplir. ¡Tráeme al García!

MIGUEL ROSALES: ¡No me da la gana! Además, no comprendo por qué tantas precauciones.

DOÑA ESPERANZA: Que se marche. ¡Que se marche toda esa patrulla absurda! Y hablemos como personas adultas y civilizadas que somos.

RUIZ ALONSO: (Pensativo. Después resuelto) Está bien. (A los guardias de falange) Decidles que se retiren. (Éstos salen. Mira a DOÑA ESPERANZA) Muy bien. El pelotón se retira tal como usted quería. (Dirigiendo la mirada a los ROSALES) Ahora es mi turno: ¿Dónde está el poeta?

DOÑA ESPERANZA: Yo pretendía discutir el asunto…

RUIZ ALONSO: (Interrumpiendo) ¡No hay nada que discutir! Y mucho menos tratándose de un decreto a acatar. ¡El poeta aquí ahora mismo!

MIGUEL ROSALES: (Enfrentándose a RUIZ ALONSO) ¡Ya te he dicho que…!

FEDERICO: (Entrando) Miguel.

RUIZ ALONSO: (Con sorna pronuncia su nombre pausadamente) Federico García Lorca…

MIGUEL ROSALES: ¡Federico, sube ahora mismo!

RUIZ ALONSO: (Mirando a FEDERICO) Tengo una orden.

MIGUEL ROSALES: Federico, no le escuches. ¡Sube!

RUIZ ALONSO: Miguel, te recuerdo que esto que estás haciendo te puede costar caro. Además, nadie va a matar a nadie, si eso es lo que temes. La orden es encerrarlo, nada más.

MIGUEL ROSALES: (Mira a FEDERICO, después a RUIZ ALONSO) ¿No le vais a tocar?

RUIZ ALONSO: No.

MIGUEL ROSALES: Quiero ver esa orden.

RUIZ ALONSO: Está en el cuartel.

MIGUEL ROSALES: Quiero acompañarle.

RUIZ ALONSO: Está bien. Vamos.

MIGUEL ROSALES: (Aproximándose a FEDERICO. Delicado) No te va a pasar nada. ¿Me oyes? Todo ha sido un error. Inmediatamente estaremos de vuelta en casa. ¿De acuerdo?

FEDERICO: Sí, Miguel.

RUIZ ALONSO: ¡Vamos!

(FEDERICO se adelanta pero se detiene al ver las caras de DOÑA ESPERANZA, ESPERANCITA y TÍA JULIA)

FEDERICO: Decidle a vuestras lágrimas que no me miren así, por favor. No quiero ver reflejada en esas gotas de lamento una despedida. Por favor, no me miréis así. Porque yo he de volver. (Torciendo el rostro hacia RUIZ ALONSO y MIGUEL ROSALES) ¿He de volver, verdad?

RUIZ ALONSO: ¡Vamos, no hay tiempo! (Agarra del brazo a FEDERICO y le encamina hacia la salida)

MIGUEL ROSALES: (Siguiéndoles) ¡Eh! ¡Sin tocar!

FEDERICO: (Casi fuera) ¡Detened ese péndulo! ¡Detened las horas oscuras! ¡No dejéis que caminen hacia la fuente fría! (Salen)

(La luz se hace cada vez más tenue hasta quedar la escena completamente oscura)

CUADRO SÉPTIMO

Cárcel. FEDERICO está caminando de un lado para el otro, nervioso. Su vestimenta está algo sucia. El color blanco de su americana se ha tornado color gris, y las puntas de sus zapatos tienen manchas negras. Ahora se detiene y se acerca a la ventana de la prisión.

FEDERICO: Luna, gracias por acompañarme… (Silencio) Qué silencio más sucio y horrendo. No oigo casi crujir el aleteo del minutero. ¿Se ha parado el tiempo quizá? No… No. El tiempo camina a paso ligero con un ansia irresistible por saborear el final del dichoso reloj de la vida. (Mira hacia el techo) ¡Vosotros, sí, vosotros! ¡Los transeúntes armados que pisoteáis mi cabeza con cólera y saña! ¡Tan solo reventáis las ventanas de la hiedra fresca y tapiáis los portones del mar celeste! ¡Frío! ¡Aquí no hay más que hielo y escombros de un mal maligno que os ha envenenado hasta quemar vuestras almas de putrefactos! (Silencio. Mira por la ventana) Luna… ¡Luna! ¡No te

escondas! ¡No me dejes solo! (Mira hacia los lados. Amedrentado) Ya viene… Ya la oigo... Ya te oigo venir. (Silencio. Entra la MUERTE, va vestida con un manto negro) Siempre he jugado contigo desde la creatividad. Quería tenerte para conocerte… Qué codicia más grande me adormilaba. Siempre me ha atraído tu misterio… (Silencio) Qué sensación más espantosa... Ahora que nos tenemos cara a cara, no sé cómo hablarte. Es extraño… No te imaginaba así…

MUERTE: ¿Cómo me imaginabas?

FEDERICO: Con púas en tus manos de hiel.

MUERTE: ¿Cómo me sentías?

FEDERICO: Con un dolor punzante aquí en el pecho.

MUERTE: Federico…

FEDERICO: Eres un susurro que no duele.

MUERTE: ¿Qué soy?

FEDERICO: Silencio y… nada.

(Silencio)

MUERTE: Tengo una manta.

FEDERICO: ¡No! ¡Todavía no!

MUERTE: ¿Quieres que te susurre al oído?

FEDERICO: (Solloza) Ya lo haces…

MUERTE: ¿Por qué lloras?

FEDERICO: Porque estoy solo.

MUERTE: Me tienes a mí.

FEDERICO: (Solloza) ¡Ay, qué solo que estoy!

(Pausa)

MUERTE: Yo te puedo abrazar.

FEDERICO: No me abraces.

MUERTE: Yo te puedo tocar.

FEDERICO: No me toques.

MUERTE: Yo te puedo besar.

FEDERICO: No me beses.

MUERTE: Yo te quiero.

FEDERICO: Pero yo a ti no. (Llora)

(Silencio)

MUERTE: Tengo una manta.

FEDERICO: ¡Apártala de mí!

(Pausa larga. FEDERICO solloza tembloroso)

MUERTE: ¿Puedo abrazarte?

FEDERICO: Un poco.

MUERTE: ¿Tocarte?

FEDERICO: Media caricia.

MUERTE: ¿Besarte?

FEDERICO: Solo la frente.

(Silencio)

FEDERICO: Tengo frío.

MUERTE: Tengo una manta.

FEDERICO: Cúbreme con ella.

MUERTE: Te cubriré.

FEDERICO: ¿Cuándo? Me estoy congelando.

MUERTE: Cuando te mire a los ojos el ruiseñor. (Sale)

DIÓSCORO: (Desde un extremo. No se le ve apenas) Hola.

FEDERICO: (Alza el rostro) ¿Quién?

DIÓSCORO: (Aproximándose) Soy Dióscoro Galindo González, maestro de escuela.

(Le observa e intenta ponerse en pie)

DIÓSCORO: Oh, no, no. Quédese allí. No se moleste.

FEDERICO: No, hombre. Le saludaré como es debido. (Se pone en pie) Soy Federico. (Le tiende la mano)

ARCOLLAS: ¿García Lorca?

GALADÍ: ¿El poeta?

FEDERICO: Federico García Lorca, el poeta muerto. (Suspira)

ARCOLLAS: Oh, es un placer. (Se acerca a él cojeando) Yo soy Joaquín Arcollas Cabezas, y él es Francisco Galadí Melgar, banderilleros.

FEDERICO: ¿Los dos?

GALADÍ: Así es.

FEDERICO: (Sonríe) Qué esperpento. Dos toreros, un maestro de escuela y un poeta. Querido Valle Inclán… (Silencio)

GALADÍ: ¿Por qué te han condenado?

(FEDERICO queda pensativo)

FEDERICO: Por amar.

GALADÍ: ¿A quién?

FEDERICO: Al hombre.

GALADÍ: ¿Y eso es malo?

FEDERICO: Eso parece.

ARCOLLAS: Amar no puede ser malo. Porque si fuera así, odiar sería bueno…

(Silencio)

FEDERICO: No lo sé… Solo sé que voy a morir por amar… Y que si no hubiese amado, tal vez hubiese vivido, y si hubiese vivido, puede que hubiese muerto por no haber amado. Soy un muerto de amor. Eso soy.

(Se abre la puerta de la celda)

RUIZ ALONSO: Dos minutos. (Sale y cierra)

DIÓSCORO: ¡No! ¡Yo no quiero morir! (Cae postrado)

(FEDERICO se agacha dirigiéndose a DIÓSCORO)

FEDERICO: Dióscoro, ¿tienes mujer?

DIÓSCORO: Sí.

FEDERICO: ¿Hijos?

DIÓSCORO: Sí.

FEDERICO: ¿Les amas?

DIÓSCORO: Sí.

FEDERICO: Ellos te aman.

(DIÓSCORO asiente)

FEDERICO: Ese amor sobrevive, Dióscoro. Ese es el grueso hilo que diferencia el amor del odio. El amor jamás muere, el odio sí. (Sonríe rememorando) Porque el amor es un ir más allá de la piel y de la carne, de la apariencia. (Silencio) Tú alma es limpia, Dióscoro. Cuando la carne muere, queda el alma, y el alma es amor.

(Se abre la puerta de la celda)

VOZ DE RUIZ ALONSO: ¡Joaquín Arcollas Cabezas!

(ARCOLLAS camina lentamente hacia la puerta)

VOZ DE RUIZ ALONSO: ¡Francisco Galadí Melgar!

(GALADÍ imita el gesto)

VOZ DE RUIZ ALONSO: ¡Dióscoro Galindo González!

FEDERICO: (En un susurro) Ellos te aman.

DIÓSCORO: (Con lágrimas sobre su rostro) Gracias, amigo.

(DIÓSCORO camina temeroso hacia la puerta)

VOZ DEL RUIZ ALONSO: ¡Federico García Lorca!

(FEDERICO queda un instante paralizado)

FEDERICO: (Aparte. Musitando) ¿Qué hora es? El final. (Sale)

(La luz se atenúa paulatinamente)

CUADRO ÚLTIMO

Cerca de la fuente Grande de Alfacar. Granada. Madrugada.

CORO:

"Mi corazón reposa junto a la fuente fría.

(Llénalo con tus hilos,
araña del olvido)

El agua de la fuente su canción le decía.

(Llénala con tus hilos
araña del olvido)

Mi corazón despierto sus amores decía…"

(Sale el CORO. Entra RUIZ ALONSO, TRESCASTRO y varios falangistas. Todos ellos con fusil en mano. Empujan con las armas a DIÓSCORO, ARCOLLAS, GALADÍ y FEDERICO. Los tres primeros lloran empavorecidos. FEDERICO contempla ensimismado el cielo)

FEDERICO: (Mira al cielo sin divisar la luna. Musita) Luna…

TRESCASTRO: (Apuntando con el fusil) ¡Vamos! ¡No os rezaguéis!

RUIZ ALONSO: ¡Allí! ¡En la fosa! ¡Las manos en alto!

DIÓSCORO: (Tembloroso musita) Ellos me quieren, ellos me quieren, ellos me quieren…

TRESCASTRO: ¡Calla! (Le empuja de una patada. FEDERICO le ayuda a ponerse en pie)

FEDERICO: Tranquilo…

RUIZ ALONSO: ¡Maricón, cierra esa boca! (A los falangistas) ¡Cargad!

(Los falangistas comienzan a cargar los fusiles)

FEDERICO: (A los tres compañeros. Tembloroso) Ha sido un placer…

RUIZ ALONSO: ¡Fuego!

(Los falangistas disparan. Los tres compañeros caen desplomados sobre el suelo. FEDERICO se mantiene en pie, ha cerrado los ojos. Ahora los abre, mira a sus compañeros tendidos en el suelo. Comprueba su cuerpo, está ileso. Se vuelve)

RUIZ ALONSO: (Sonríe con sorna) No, no. A ti te tengo preparado un final especial. ¡Date la vuelta!

(FEDERICO no se vuelve. Mira desafiante a RUIZ ALONSO. Una lágrima le desliza sobre el rostro)

TRESCASTRO: ¡¿No le has oído?! ¡Que te des la vuelta, maricón!

(FEDERICO finalmente cede y se voltea temeroso)

FEDERICO: (Cabizbajo. En un susurro) Marianita… Marianita… Yo soy libertad, yo soy amor, yo soy vida. (Alza la mirada, sigue sin divisar la luna)

“A la vera del agua
sin que nadie la viera
se murió mi esperanza”

(TRESCASTRO dispara en el trasero a FEDERICO. RUIZ ALONSO imita el movimiento. FEDERICO cae postrado sobre el suelo)

FEDERICO:

La sangre ya retoña

de las crines del caballo.

¡Ay cómo mancha toda

la hierba y el meandro!

RUIZ ALONSO: ¡Calla, cabeza gorda! (Le pega otro balazo)

FEDERICO:

El caudal viste de rojo,

las hojas son pecado,

y el caballo desbocado

muere a manos del hinojo.

TRESCASTRO: ¡¿Es que no le has oído?! ¡Cierra esa boca, maricón de mierda! (Pega a FEDERICO en la cabeza con la culata. FEDERICO cae de bruces sobre el suelo. Enmudece)

(Un ruiseñor se posa sobre el olivo que descansa delante de FEDERICO. Éste, con un esfuerzo inmenso, levanta la mirada)

FEDERICO: “Decid a todos que ha sido el ruiseñor…” (Ahora mira al cielo. La luna ha salido de entre las nubes) Luna, ¿por qué me lo has robado…? (Su cabeza, rendida, cae finalmente sobre la hierba)

TELÓN LENTO

EPÍLOGO

La escena está plenamente oscura. Tenuemente comienza a escucharse el sonido de un piano.

VOZ DEL AUTOR:

La aurora advertía manchando
de granate el raso cielo.

El silencio parecía eterno,
enroscaba un réquiem frío.
Las lágrimas no brotaban, no,
perecían solas en las pupilas
amedrentadas por el vocerío
apagado de las balas.

(Entra VICENTE con una vela en la mano)

VICENTE: “No han sido pocos los grandes poetas que han honrado la literatura del siglo XX. En la primerísima fila, en el primerísimo término, está Lorca. Pero en lo que no era comparable con nadie era en su persona misma, era el genio de la personalidad. No he conocido a nadie que tuviera el don de la expresión humana viva de la presencia como lo tenía aquel extraordinario ser que era… Federico”

(Entra LUIS C. con una vela en la mano)

LUIS C.:

“Triste sino nacer
Con algún don ilustre
Aquí, donde los hombres
En su miseria sólo saben
El insulto, la mofa, el recelo profundo
Ante aquel que ilumina las palabras opacas
Por el oculto fuego originario”

(Entra LUIS con una vela en la mano)

LUIS: “De todos los seres humanos que he conocido, Federico fue el mejor. No me refiero a sus obras de teatro ni a su poesía, sino a él como persona. Él era su obra maestra”

VOZ DEL AUTOR:

Desguazaron tus alas sin permiso,
clavaron cien bisturís en el
escarpado vientre del deseo,
y extirparon tus pétalos hoja a hoja…

(Entra RAFAEL con una vela en la mano)

RAFAEL:

“Mas si mi muerte ha muerto, quedándome la tuya,
si acaso le esperaba más bella y larga vida,
haré por merecerla, hasta que restituya
a la tierra esa lumbre de cosecha cumplida”

(Entran JORGE y GERARDO con una vela en la mano, respectivamente)

JORGE: Federico, tu muerte… Una muerte fría…

GERARDO: Muy fría y sorda…

(Entra RAPÚN con una vela en la mano)

RAPÚN:

Y yo me dejé matar,
Con un candil en la mano,
Con un corazón entre los dedos,
Con el amor arrancado.
En el frente del norte,
Allí me dejé matar,
Para recuperarte, Federico.

(Entra SALVADOR silencioso con una vela en la mano)

SALVADOR: ¡Olé! (La deja en el suelo) Mi amigo Lorca…

(Ahora todos dejan su candil en el suelo)

CORO: (Entra. Los presentes se sitúan en los lados y éste atrás en el centro)

Cantaron con furia y sigilo
los musos cobijados
en tu sombrío desván del delirio,
ecuador sonrojado y oculto.

(Se ilumina un pequeño foco del fondo y se observa la silueta de FEDERICO, que está sentado, tocando el piano que ha estado sonando. Después de unos segundos cesa de tocar y se pone en pie)

FEDERICO: (Camina hacia el centro del escenario. Los demás se van apartando con el fin de rodearle)

“Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos”

(La escena comienza a oscurecerse)

TELÓN LENTO



A Federico García Lorca